TEMAS SEXUALES



la trata de blancas

A. MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

24

A. MARTIN DE LUCENAY

LA TRATA DE BLANCAS

La organización del tráfico.—Cómo operan los traficantes de carne hum na.—La estéril lucha de la Policía.—La prostitución en los barcos.—Nueva York y Buenos Aires.—Los grandes negocios del marqués de Laurent



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
JULIO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Este terrible aspecto de la prostitución, y acaso el más inhumano de la civilización contemporánea, ha llegado a preocupar hondamente a casi todos los Gobiernos de los países del mundo, hasta el extremo de crear organismos e instituciones encaminadas a luchar contra esta modalidad del problema sexual, inspirada en los instintos polígamicos de todos los hombres y de muchas mujeres.

La historia de tan abominable comercio empieza a la par que el desarrollo de la civilización se abre camino a través de los pueblos nuevos, propicios a la mejor explotación económica; países a los que, en principio, acudieron los hombres solos, con el fin de crear riquezas y obtener beneficios, que se ofrecían tentadores para las gentes de toda calaña. Puede decirse que, tan pronto como los primeros exploradores y aventureros comprobaron que las tierras de América eran algo así como una nueva Jauja, se sintió la necesidad de completar aquella existencia feliz con la cooperación de las mujeres de la misma raza, ya que las indígenas no se avenían de buen grado a entregarse a los conquistadores ni sus familiares varones estaban dispuestos a ceder a los extranjeros la explotación de sus propiedades sexuales.

Poco tiempo después del establecimiento de las primeras huestes colonizadoras, los directores de aquellas empresas, que llevaban por enseña la cruz y la espada, reconocieron que había necesidad de crear una población nacional en los territorios recién conquistados, y, al efecto, de muchos puertos de Iberia comenzaron a salir mujeres con rumbo a América, que ya sabían a lo que iban. Puede decirse que éste fué el principio de la trata de blancas, si bien es justo diferenciar los móviles que justificaban este tráfico en aquellos tiempos, puesto que era un problema nacional lo que con ello

se resolvía, de las causas actuales del comercio de carne humana, que asume los caracteres menos altruístas y más criminales, como veremos en el transcurso del presente estudio.

Entre las gentes en que el nivel económico se acentúa progresivamente, y cada vez con más fuerza, mientras que el progreso cultural permanece dentro de los límites más reducidos, los instintos naturales, que no pueden ser reprimidos por la cultura, tienden a manifestarse más libremente, hasta el extremo de hacer del dinero la base de una moral; no cabe duda que siempre ha habido una moral para los ricos y otra para los pobres, prueba más que añadir a lo artificioso e hipócrita de nuestra civilización. Pues bien; estos hombres, que llegaron a América, pertenecientes, por lo general, a las más bajas capas sociales, al verse en posesión de elementos que tanto podían contribuir al desarrollo de su vida instintiva, de sus ansias de placeres de todo género, procuraron, por todos los medios, disfrutar de cuanto antes les estuvo vedado. Al lado de éstos, que se enriquecían ante la evidente desproporción existente entre el volumen de sus beneficios y el de sus aptitudes, surgieron otros hombres, quizá más listos, pero menos morales, que también podían participar del inmenso botín con sólo llevar hasta ellos todos los objetos más codiciados por su escasez; este objeto, principalmente, era la mujer, o sea el motivo más esencial del más poderoso instinto del hombre.

Las cosas no han cambiado mucho desde los tiempos de Colón y Hernán Cortés hasta nuestros días, y América, desde la Groenlandia al Cabo de Hornos, sigue sirviendo de cuna a hombres de instintos primitivos y de moral de conquistadores. Verdaderamente, no es posible colonizar un país con ursulinas ni hombres selectos; las tierras hay que abonarlas con estiércol para que puedan producir flores. Y en América, si es bien cierto que su progreso crece de día en día, no hay duda que el estiércol continúa pareciendo necesario para la prosperidad de algunas partes del suelo americano.

Queremos decir con esto que la inmensa mayoría del tráfico de mujeres para dedicarlas a la prostitución se ejerce de Europa a América, especialmente los Estados Unidos y Argentina, que es donde más abundan los nuevos ricos; países en los que el instinto polígamico del hombre parece estar más desarrollado que en ningún otro, o, mejor dicho, bastante menos reprimido por la cultura que en el resto del mundo.

Los medios empleados para reprimir el infame tráfico son infinitos; pero es que no son menos los puestos en práctica por los traficantes ni menos poderosos tampoco, por lo que la lucha, mientras no se modifique por completo la moral de los demandantes, seguirá planteada en los mismos términos, sin que sea posible esperar que el éxito culmine los buenos propósitos de los organismos interesados en la destrucción de este verdadero cáncer social, cuyo desarrollo está más favorecido que impedido por la civilización contemporánea.

LA ORGANIZACION DEL TRAFICO

Causas de la trata de blancas en América.—Los elementos influyentes.—Los centros de exportación.—Quiénes son los traficantes.—La actividad de las mujeres.—El duque de Z y la Baronesa de X.—Exportación en grupo.—El mercader de cadáveres.—Métodos de comunicación.—El espionaje y el contraespionaje.—Una buena redada.—Cómo se vigila a los cargamentos.—Las estudiantes alemanas.—Los negocios de un padre dominico.—La inhabilitación de los traficantes.

Hemos dicho al final del prólogo que la civilización, lejos de entorpecer el desarrollo de la trata de blancas, parece ser que tiende a fomentarla. Y la explicación es bien sencilla. Aparte de que los medios de comunicación son cada vez más fáciles y rápidos; aparte, también, de que las necesidades económicas se acentúan de día en día, y, además, teniendo en cuenta que las excitaciones de la vida moderna, por un lado, y el desarrollo de la libertad y de los derechos de la mujer, por otro, tienden a crecer continuamente; aparte de todas estas razones, repetimos, hay un hecho que no deja de ser una paradoja, pero que encierra casi la clave principal del enigma en la justificación de la existencia del mercado de mujeres.

Este hecho es, ni más ni menos, la transformación del antiguo sistema del burdel en la prostitución libre, o sea la tendencia de la prostituta a librarse de la esclavitud primitiva tan pronto como se halla en condiciones de "trabajar" por su cuenta. Ahora bien, en América, del Norte al Sur, la prostitución libre está tan perseguida, que las mujeres que se deciden a abandonar el burdel raramente lo hacen si no cuentan de antemano con las garantías más precisas de que han de vivir con tranquilidad, bien por contraer matrimonio, por dedicarse a algún negocio lícito o por otra razón parecida, aunque una gran mayoría terminan por amancebarse con hombres honestos que no pueden permitirse el lujo de pagar "flores sin deshojar". Así, pues, siendo el burdel el sistema más en uso, cada mujer que lo abandona deja libre un puesto, que no tardará en

ocupar otra. En Buenos Aires, por ejemplo, el 70 por 100 de las prostitutas oficialmente reconocidas son extranjeras, y entre las libres puede decirse que la proporción es idéntica.

En los Estados Unidos, el comercio carnal, fuera del matrimonio con una mujer que no es prostituta, constituye un delito, y en la Argentina, hay sólo una mujer por cada dos hombres. En el primer caso, aunque no pase de ser una estupidez de los legisladores, no cabe duda que existe un principio restrictivo para la sexualidad libre, que sólo puede resolverse con las prostitutas documentadas, y, en el segundo, aunque por motivos diferentes, las restricciones producen un resultado idéntico. No obstante, no pueden olvidarse las razones de que ya hemos hablado en lo que afecta al sistema matrimonial y demás circunstancias, comunes a todos los pueblos civilizados, de donde se deduce que, una vez establecida la cuestión sexual normal sobre unas bases perfectamente naturales, desaparecerían las causas principales de tal estado de cosas, al menos en la proporción más grave para el buen equilibrio de la cultura.

Por otra parte, la trata de blancas está perfectamente organizada en forma de una asociación internacional, de cuyos beneficios disfrutan millares de individuos de los dos sexos, repartidos por casi todo el mundo, sin olvidar que entre esta gente hay una cantidad respetable de personas influyentes y de vida aparentemente honesta, ante quienes se estrellarían todas las investigaciones imaginables de los agentes de mejor voluntad; basta decir que cuando una mujer puede ser "vendida" en un millón de dólares, o es susceptible de convertirse en una "mina", que produce dos millones en un año, siendo ilimitado el número de ventas y de minas, huelga encarecer la importancia de tan fabuloso negocio, que a la vez da influencias políticas y financieras a las más relevantes personalidades que viven y se mueven dentro de los círculos más respetables de la sociedad. En estas condiciones, cuando algún investigador ha tenido la suerte de descubrir un asunto que le hubieran encomiado los organismos de Ginebra, en nombre de los verdaderos intereses de la Humanidad, ha bastado una simple frase para dejar sin efecto la denuncia, por no complicar a un grave senador, a un influyente ministro, a cualquier venerable obispo o a un presidente de república... Todas estas sorpresas son frecuentísimas en las investigaciones sobre la trata de blancas.

Desde luego, en este aspecto, la justicia que se hace no es más

acertada que los procedimientos seguidos en la prostitución legal, en la cual todas las persecuciones y sanciones son para la prostituta, mientras que al hombre, esté sano o enfermo, no se le molesta lo más mínimo; pero ocurre que esos castigos se aplican a los traficantes, sin que nunca alcancen a los "consumidores de la mercancía", hecho a todas luces ilógico e injusto. La diferencia única está en que la mujer goza de las simpatías de los organismos represores y de la opinión pública, aunque muy frecuentemente se da el caso de que los "paquetes", o sea el "género", como se define a las víctimas en el *argot* del negocio, saben de sobra cuál es el motivo de su exportación.

Acerca de la organización, ya hemos dicho que es vastísima y comprende a un número verdaderamente asombroso de ruedecillas y engranajes, que permiten el más perfecto funcionamiento de la maquinaria total. En Europa, el centro más importante es París. Londres, Viena, Varsovia, Roma, El Havre, Burdeos, Marsella, Génova, Barcelona y Madrid son puntos que dan mucho trabajo a los investigadores y a la policía internacional. Lisboa suele ser un punto estratégico, "de recurso", como dicen los traficantes, y esto porque es el último puerto europeo en que escalan la mayoría de los paquebotes que atraviesan el Atlántico con rumbo a la América del Sur. De unos años a esta parte, la baja de la moneda portuguesa ha contribuído al desarrollo del tráfico por dicho puerto, ya que los tratantes de carne humana no dejan de mostrarse espléndidos cuando la solución de ciertos conflictos no depende más que del dinero puesto en juego.

Por lo general, todos los traficantes desempeñan algún cargo, bien en oficinas del Estado o en empresas particulares. Los auxiliares femeninos son, por lo común, dueñas de casas de prostitución y prostitutas de alto bordo. Estas últimas ejercen la profesión en los grandes hoteles; pero, por lo general, aparentan llevar una vida honesta, no siendo más que turistas, según figura en los pasaportes que muestran a la Policía, documentos que suelen obtener en los países donde menos se las conoce. Casi siempre usan un nombre falso y apellidos poco vulgares. La adquisición de estos documentos es muy fácil para una mujer joven bella y elegante; tales favores los obtienen pagándolos en dinero o en la moneda codiciada de su propio cuerpo. El pasaporte, desde luego, es lo de menos, aunque constituye la base de la mejor documentación, ya que en él figuran múltiples datos de identidad.

Cuando la organización necesita del concurso de una de estas mujeres, la envía, por jemplo, a Lisboa. Como quiera que en los altos círculos sociales se mueven individuos complicados en la trata, esta mujer, después de ocupar dos o tres habitaciones del hotel más caro, invita a sus amistades a un té, a una fiesta cualquiera, con cualquier pretexto, como la fiesta nacional de su supuesto país de origen u otro acontecimiento semejante. Todo este conglomerado de circunstancias favorecen el desarrollo de los planes de la asociación, puesto que el agente femenino no tarda en apoderarse de la influencia de personas respetables completamente ajenas al tráfico. Uno de los primeros pasos que da al llegar a una ciudad consiste en ponerse en relaciones con el director del Banco más importante, por mediación del cual recibirá el dinero necesario para su estancia en aquel punto. Por lo general, antes de hacerse la elección del Banco, se procura que el elegido tenga por director a un hombre de prestigio y amigo de las faldas.

No quiere decir que la mujer recurra a este procedimiento porque haya de necesitar de un auxilio económico en un momento dado, nada de eso; la asociación dispone de medios abundantes para no tener necesidad de someterse a determinadas disciplinas. Lo que ocurre es que el director de ese Banco suele estar relacionado con los elementos cuya amistad más puede valer a los intereses "morales" de la organización, a los que el agente femenino desea ser presentado. Veamos un caso.

En estas condiciones llegó a un puerto de la Europa meridional una bellísima muchacha de veintiséis años, auténtica descendiente de una aristocrática familia inglesa, por lo que usaba sus legítimos títulos. La familia se había arruinado, y la estirpe terminaba en ella. Cuando arribó a la ciudad fué a instalarse en el hotel Metropole, el más importante y el más frecuentado por los ricos de todo el mundo.

Tres días después llegó el duque de Z, hombre de edad madura, preguntando por la baronesa de X, que no era otra que el agente femenino de la trata a que nos referimos. En efecto, el duque de Z era un puro aristócrata que había protegido durante algún tiempo a la muchacha, la cual desapareció de su lado sin dejar huellas. Conociendo la organización cuál era la influencia del personaje, ignorante en absoluto de la verdadera ocupación de su antigua amante, de acuerdo con ella, se le facilitó por medio de un anónimo firmado por "un amigo" la dirección que había tomado.

En efecto, se encontraron en el hotel. Ella, que decía estar can-

sada de la vida, le aseguró que en cuanto se le acabasen los últimos restos de su fortuna, que recibía en forma de pensión mensual, pondría fin a su existencia o contraería matrimonio, si encontraba un hombre dispuesto a ello. El duque intentó disuadirla, ofreciéndole todo lo necesario para vivir con comodidad, incluso regalándola una finca que poseía en Escocia, cuyas rentas eran más que suficientes para que no tuviera que preocuparse por el porvenir. Todas estas proposiciones las rechazó la muchacha enérgicamente, negándose incluso a que el aristócrata se hiciese cargo de su factura del hotel, aunque no tenía inconveniente en pasar por su esposa durante el tiempo que ambos permaneciesen en la ciudad.

El duque, naturalmente, aceptó encantado esta proposición, de cuyo éxito no podía sospechar el agente femenino de la trata de blancas.

El supuesto matrimonio, por inspiración de ella, procuró relacionarse con lo mejor de la ciudad, y sobre todo con un alto empleado de una Compañía de navegación cuyos buques hacían la carrera de Suramérica. Este señor empezó a sitiar a la baronesa, haciéndole objeto de toda clase de atenciones y galanterías: estaba en manos de ella.

Unos días después llegó a la ciudad una Compañía de revistas en la que figuraban cuatro jóvenes, tres inglesas y una belga, que, por disgustos con el empresario se decidieron a actuar por su cuenta en el salón de fiestas del Metropole. Al enterarse de que se hospedaba en el hotel la baronesa de X pidieron permiso a la Dirección para visitarla, licencia que, naturalmente, les fué concedida. Una de ellas decía ser hija de un antiguo empleado de la casa de X, y con este motivo la entrevista fué cordialísima, ofreciéndose la baronesa en todo cuanto pudiera ser útil a las muchachas, a las que propuso su traslado a la Argentina, donde tenía dos amigos empresarios de espectáculos, que seguramente podrían colocarlas en cualquiera de sus teatros frívolos.

Huelga decir que las jóvenes aceptaron los generosos ofrecimientos de la aristócrata, que hasta las prometió facilitarlas el viaje gratuitamente, en virtud de su amistad con el representante de la Compañía naviera a que nos hemos referido.

Aquella noche, durante la fiesta en el hotel, la baronesa se mostró más amable que de costumbre con su galanteador, al que expuso la situación de las jóvenes artistas, a las que quería proteger. Naturalmente, el naviero no tardó en ponerse a disposición de la dama;

pero ésta, bien enterada de su papel, fué la primera en aludir a las dificultades que se opondrían a la realización del proyecto, ya que había que tener en cuenta los inconvenientes que podrían surgir a cuatro muchachas jóvenes y bonitas aludiendo a la trata de blancas.

El consignatario, dispuesto a servir en todo a la baronesa—de la que, naturalmente, esperaba una recompensa amorosa—, se prestó, en primer lugar, a facilitarlas el pasaje, y, además, valiéndose de su amistad con el jefe de Policía, a obtener cuantos documentos fuesen necesarios para que nada se opusiera a la consecución total del fin perseguido. En resumen, las muchachas embarcaron en el puerto de G..., y en el desembarco tampoco se les pusieron dificultades, ya que el viaje lo hicieron en primera clase, siendo recibidas en el puerto de Buenos Aires por dos respetables señores de la colonia italiana.

Y ahora vamos a realizar la "disección" del asunto. La muchacha, que decía ser hija de un antiguo servidor de la familia de X, no era más que un agente femenino de "acción" al servicio del tráfico de mujeres, bien conocida de la baronesa, lo mismo que el director de la compañía de revistas, que, por cierto, se suicidó unos meses más tarde, cuando se vió cercado por la Policía de Viena. Las tres muchachas restantes, dos inglesas y una belga, ignoraban por completo el fin a que se las destinaba, siendo la última la que reveló a la Policía argentina, un año después, la forma en que se desarrolló su exportación.

En primer lugar, el naviero no tuvo más remedio que creer a ciegas en que las intenciones de su galanteada no podían ser más laudables; su respetabilidad y su abolengo representaron para él las máximas garantías, hasta el extremo de que la Policía no tuvo inconveniente en servirle, así como los dos amigos que recibieron el "cargamento" en el puerto argentino. Por otra parte, basta que las pasajeras tengan la precaución de hacer el viaje en primera clase para que la Policía no se atreva a molestarlas demasiado. Claro es que el viaje es costoso y, a pesar de todo, cada día se va hilando más delgado por los agentes internacionales de la represión.

Así, pues, visto este simple detalle, no podremos dudar de la excepcional importancia que tiene la actuación de los agentes femeninos al servicio de la exportación de carne humana.

Los más importantes auxiliares masculinos, copartícipes de este gran negocio, son los judíos polacos establecidos en América y Varsovia, y otras ciudades de Polonia, si bien es cierto que existen

asociaciones integradas por judíos, como la "Jewish Association for the Protection of Girls and Women", la cual realiza una importantísima gestión para reprimir este mercado. Por informes oficiales se sabe que las cinco sextas partes de los judíos que habitan en la Galitzia, a los que se denomina "hombres del aire", viven exclusivamente de la exportación de mujeres a Suramérica. Buenos Aires es la central de los traficantes, y su organización es tan perfecta, dispone de tan poderosos y múltiples tentáculos, que no es posible destruirla por completo.

Cuando se habla de los medios de que se valen los "gangsters" para llevar a cabo sus audaces empresas, se ignora cuáles son los métodos puestos en práctica por los traficantes de esclavas de la lujuria del hombre, si es que quieren ponerse aquéllos como modelo de organización del delito.

Nada hay parecido a la crueldad de los traficantes de esclavas, cuando se quiere ocultar la mercancía a la sagaz investigación policíaca. En una ocasión se descubrió el medio de que se valía un "cafizzio", esto es, un traficante, para hacer entrar el género sin temor a inspirar sospechas. Este individuo, que fué muerto a tiros por otro compañero, se servía de un médico chileno para sus criminales fines. Por medio de tóxicos, administrados en dosis regulares, creaba un estado patológico en las mujeres, de forma tal que la belleza desaparecía de aquellos rostros naturalmente bellos, que daban la impresión de un mal grave y de inevitable fatal desenlace.. La "enfermedad" empezaba a producir sus estragos unos días antes de la fecha del embarque, pero no tantos que el estado de la enferma artificial indujese a los médicos de a bordo a impedirle la travesía. La finalidad de esta infame maniobra no era otra sino desviar la atención de la Policía al llegar al puero de destino, que al encontrarse ante una mujer avejentada, enferma y mal vestida, podía pensarse en todo menos en que fuese a dedicársela al comercio del amor. No obstante, el truco fué descubierto por un médico de un barco, cuando ya habían entrado en la Argentina unas cuantas mujeres por el citado procedimiento. Entre la gentuza dedicada a la trata de blancas se le conocía a este individuo por el remoquete de "El mercader de cadáveres", ya que esto y no otra cosa parecían las desdichadas a quienes preparaba para la explotación.

Naturalmente, tan pronto como llegaban al punto de destino eran cuidadas y curadas, recobrando en seguida la salud y belleza que perdieron a virtud de tan inhumano y brutal procedimiento.

Para comunicarse se sirven de claves, lo mismo postales que telegráficas; pero tan habilísimamente dispuestas que a veces resulta absolutamente imposible descifrar el sentido verdadero de una carta o un telegrama que a primera vista no tiene nada de particular. Por lo general, estas claves no son conocidas más que por dos individuos que operan, a lo mejor, de un extremo a otro del planeta, y generalmente no suelen utilizar la misma más de dos veces. No obstante, pueden ser cambiadas para usarlas en otro idioma o en sitios diferentes y distantes de los que pueda suponerse la esfera de acción de los organismos represores que hubieran podido intervenir anteriormente tales escritos. Por lo general, se trata de una combinación de palabras cuya significación verdadera se ha comunicado por medio de otra clave, y a lo mejor en una simple tarjeta postal. Se hacen a base de diccionarios muy reducidos de todos los idiomas.

Desde luego, huelga decir que la intervención de la correspondencia es dificilísima. Algunos agentes han llegado hasta el extremo de vigilar durante horas y horas las inmediaciones de las estafetas y buzones, hasta ver llegar a un individuo que pudieran creerlo relacionado por cualquier sospecha con la trata de blancas. Un agente italiano de la represión, que trabajó mucho tiempo en Nueva York, tuvo el acierto de interceptar una carta dirigida a Lemberg, en la que se daban órdenes para la expedición de cuatro "paquetes faltos de peso", o sean cuatro muchachas menores de edad. La carta, después de leída, siguió su curso, y lo mismo los paquetes que los expedidores fueron detenidos en el instante de embarcar en Cherburgo, cuando ya tenía adquiridos los pasajes. Por lo general, las detenciones se llevan a cabo en el último momento, y esto, con el fin de que los traficantes realicen los máximos gastos.

Lo que más se utiliza es la radio de los barcos. Todos los despachos son cuidadosamente anotados por el personal de la estación emisora; pero donde más detenidamente se ejerce la investigación es en las receptoras. Esta requisa ofrece innumerables dificultades, ya que los telegramas son entregados al destinatario sin pérdida de tiempo. Los agentes de la represión se limitan a examinar las condiciones de vida de las personas a quien van dirigidos, cuando éstas les infunden sospechas, y desde entonces se establece la vigilancia. Cuando, a la llegada de cualquier barco, estos individuos acuden al muelle, casi puede asegurarse que va a haber presa segura.

Naturalmente, los traficantes no disponen de un "domicilio social", desde donde encauzar sus terribles actividades y mover sus poderosos tentáculos. Claro que esto no es un obstáculo insuperable, porque al simular medios honestos de vida, aparte de que siempre manejan dinero en cantidades, y espléndidamente además, desde el círculo más serio al más infecto cafetín se honran abriéndoles sus puertas. Lo mismo actúan en los grandes casinos de la Avenida de Mayo que en las tabernas de la Boca y el paseo de Alem: todo es cuestión de cambiar el frac por la ropa de un cargador del muelle.

Los "tenebrosos", esto es, los elementos de acción directa, hablan varios idiomas y utilizan aparatos de radio emisores y receptores, casi con más habilidad que la Policía. Las receptoras portátiles lo mismo se instalan en una taberna que en un automóvil. Algunas veces salen río de la Plata adelante al encuentro de los barcos que traen cargamento, y por medio de señales, que suelen consistir en toques de sirena o en escapes de gas de los motores de la gasolinera, advierten a los que viajan en los buques de las novedades desagradables que pueden encontrarse al intentar poner el pie en los muelles. Para comunicarse con los tripulantes de la pequeña embarcación, los viajeros utilizan los más diversos procedimientos, siendo el más frecuente agitar los pañuelos como si saludaran. Otras veces, procurando sacar los pies fuera de la borda del navío, ejecutan ciertas señales, que son inmediatamente traducidas por un observador, que desde la cabina de la gasolinera registra los movimientos por medio de unos potentes prismáticos. También se sirven de linternas eléctricas, con luces rojas y blancas, en cuyo caso se sitúan en la popa del transatlántico o en un punto solitario del buque. La Policía argentina que embarca en Montevideo debe muchos de sus éxitos a las imprudencias cometidas por un auxiliar inexperto. Los altos "personajes" no ejecutan jamás estos actos.

El servicio de contraespionaje lo tienen igualmente bien organizado; estos elementos, que suelen hacer así sus primeras armas, son espiados a su vez por agentes de más confianza de los directores, por lo general, mujeres. Cuando un primer espía traba amistades sospechosas que puedan presumir la amenaza de un peligro, no se les advierte siquiera; se les elimina. La mayor parte de las muertes misteriosas que se registran en buenos Aires suelen tener su origen en esta causa. Por lo general, los agentes de espionaje de primera línea son individuos que jamás han tenido nada que ver con la justicia, por lo que las Jefaturas de Policía no registran sus fi-

chas. Ahora bien; tan pronto como han caído y han cumplido la condena, como quiera que han sabido guardar silencio en los aspectos más importantes, dando así una prueba de adhesión a la causa, pasan a las filas de los observadores, disfrutando de mayores beneficios. Durante algún tiempo pueden pasar incluso por auxiliares de la Policía, ya que su misión viene a ser la misma, aunque con muy diferentes fines.

Huelga decir que jamás actúan por cuenta propia, sino que han de atenerse a las instrucciones, siempre severísimas, que reciben en una taberna o del camarero de un círculo aristocrático, generalmente complicado en la trata.

Estos agentes suelen desconocerse entre sí, y los de primera fila jamás saben para quién trabajan. En una ciudad suramericana ocurrió un caso pintoresco, motivado por una confusión de órdenes. Recientemente había llegado un agente de la represión, muchacho inteligente y de gran tipo de atleta, que permaneció en las islas de las Antillas durante algún tiempo, donde obtuvo muy resonantes triunfos. Se presentó en la ciudad citada como novelista, y, al efecto, los periódicos publicaron unas gacetillas encabezadas por el retrato, dándole la bienvenida, de paso que se reproducían algunos fragmentos de sus supuestas obras.

Una joven y bella escritora, perteneciente al tráfico, se enamoró del novelista, hasta el punto de abandonar algunos servicios que se le habían encomendado. Inmediatamente se designó a un agente masculino de la segunda fila, que se hizo venir de Buenos Aires, con el objeto de vigilar a la enamorada muchacha, cuya conducta no dejaba de infundir sospechas a los directores. El espión de la segunda fila empezó a trabajar con verdadero ahinco, remitiendo informes diarios de cuanto observaba en la pareja, de la que llegó a hacerse amigo. Mas un buen día, un cuarto personaje hizo su aparición en el escenario de esta comedia: era una muchacha, muy inteligente, aunque sin más belleza que la de su juventud y de aficiones homosexuales, que también tenía el encargo de vigilar a su desconocida compañera. Y esto fué la perdición de los tres espiones.

Las dos mujeres llegaron a entenderse de cierta manera, con tan mala fortuna, que un día fueron vistas por el espía masculino unas circunstancias que no dejaban lugar a dudas. El muchacho, buen cumplidor de su deber, no tardó en comunicar estas novedades tan interesantes, dando el nombre de la mujer que había conquistado a la espía de choque, así como todas sus señas personales, ilustradas por una magnífica fotografía. A la vista de estos datos, se descubrió el equívico, por lo que el espía fué felicitado.

Pero no paró aquí el lance. Como quiera que este hombre había trabado muy buena amistad con el novelista, ambos se reunían muchas veces en el "hall" del hotel donde se hospedaban. El supuesto literato tenía la misión de vigilar la llegada de un barco, en el que viajaba un peligroso elemento, que, después de cumplir una condena de unos meses, se reintegraba a su trabajo en una zona distinta a la en que había actuado anteriormente.

El literato, que no podía sospechar que lo mismo las mujeres que su amigo eran sus contrincantes, invitó a éste a acompañarle al muelle para ver llegar el barco de Europa a la mañana siguiente.

En efecto, llegaron al muelle cuando el transatlántico enfilaba el puerto; pero cuál no sería su sorpresa al ver a las dos mujeres dispuestas a embarcar para un puerto situado a medio día de navegación y con todo el equipaje preparado, ya que nada habían dicho la noche anterior a sus amigos. El literato, extrañadísimo, quiso aproximarse a ellas; pero el otro, sospechando que trataban de esquivar las represalias a que se habían hecho acreedoras por su conducta, le rogó que no las dijese que él estaba en el muelle, ya que se veía en la imposibilidad de proceder contra las mujeres. Así, pues, prefirió esperar al agente de la represión en un café inmediato, hasta que las mujeres embarcaran.

El supuesto novelista, tan pronto como comprobó la llegada del antiguo traficante, fué a reunirse con su amigo, y cuando ambos desayunaban, el citado personaje tomó asiento en una mesa inmediata. Verle el acompañante del novelista y dirigirse a él, todo fué uno. Ambos se saludaron con la mayor cordialidad, y, por palabras sueltas, el agente represor comprendió que su amigo caía de lleno en su jurisdicción. Naturalmente, se hicieron las presentaciones. El recién llegado quería ahora ser un cultivador de tabaco de Puerto Rico, a lo que el agente represor no puso ningún reparo. Pretextando una necesidad, encargó a un agente de Policía que detuviera a las dos mujeres, y, a la vez, telefoneó a la Jefatura para que, en el momento de entrar en el hotel, que es hacia donde se dirigían, se procediese a la detención del espía.

Las órdenes fueron cumplidas al pie de la letra. El supuesto tabaquero unió sus protestas a las del detenido, profiriendo ciertas frases molestas para la Policía, por cuyo motivo fué arresta-

do también, aunque es cierto que ello obedeció a una seña del agente represor, que ya había formado su plan de batalla. El agente, al despedirse de sus conocidos, manifestó al supuesto industrial que haría todo lo posible por conseguir su libertad, valiéndose de sus influencias, no pudiendo hacer lo mismo por el otro, en vista de que la Policía, al decirle el motivo de la detención, había hecho alusiones a la trata de blancas.

Efectivamente, dos horas más tarde llegó el agente a la Jefatura, y el tabaquero fué puesto en libertad. Como se comprenderá, el libertador no pretendía más que captarse su confianza, única forma de poderle vigilar de cerca y enterarse de sus proyectos con mayor facilidad. Unos días después parecían amigos de toda la vida.

El agente fingió hallarse falto de recursos económicos, pretextando la suspensión de pagos de su editorial, y el pez mordió el cebo. El tabaquero, que no tardó en comprender que la inteligencia del literato podría ser muy bien aprovechada como auxiliar en sus negocios, le entregó una fuerte suma, de paso que tanteaba el terreno para ver la disposición de su amigo. Después de un cierto forcejeo, cuando ya no le cabía al agente la menor duda del éxito de su gestión, accedió a trabajar para la trata de blancas a las órdenes del portorriqueño. Inmediatamente comunicó sus planes al organismo represor a que pertenecía, y de esta forma penetró en la entraña de la criminal organización, en la que permaneció cerca de un año. Huelga decir que durante este tiempo intervino directamente en los más complicados asuntos, si bien lo más interesante de su audacia consistió en enterarse del mecanismo de la organización y de los nombres de las personas más significadas que intervenían en los asuntos. En virtud del sistema que emplean los traficantes de no conocerse los unos a los otros, especialmente entre los elementos de acción, el auxiliar del supuesto industrial pasó desapercibido para el resto de los traficantes que operaban en la misma zona. Cuando tuvo bien atados los cabos, se efectuó el copo de toda la banda, cayendo en la red once individuos, casi todos bien situados económicamente. En la Argentina, aparte de los ocho o diez años de prisión que esto representa, la confiscación de los bienes es el principio del capítulo.

En los mismos días en que tuvieron lugar estos hechos, los periódicos publicaron la noticia del suicidio de un individuo llamado Fulano de Tal y Tal, que no era más que el auxiliar del tabaquero.

En realidad, el sucidio había sido un emigrante, que nada tenía que ver con la trata de blancas; pero el suceso sirvió de magnífico pretexto para que los periódicos, bien informados por la Policía, afirmaran con gruesos caracteres que se trataba de un peligroso elemento muy conocido en las jefaturas de todo el mundo. Estas informaciones fueron enriquecidas con la publicación de cartas y documentos que se encontraron en las ropas del suicida. Como se ve, la comedia se representó admirablemente, y como la justicia se muestra inexorable en estos casos, las cartas y documentos que facilitó el agente represor sirvieron para acumular nuevos cargos contra los presos, que fueron condenados con las penas más graves. El agente en cuestión continúa trabajando hasta la declaración de la gran guerra; sus restos reposan entre los innumerables de otros héroes americanos, que dieron su vida por la causa de la civilización y de la libertad, en un inmenso cementerio del Norte de Francia.

Otras veces se ha dado el caso contrario, o sea que los tenebrosos han permanecido algún tiempo fingiéndose auxiliares de la Policía. Verdaderamente, no puede decirse que este espionaje produzca gran daño, ya que los auxiliares no desempeñan nunca cargos delicados. Algunos son bien conocidos; pero se les deja actuar, casi siempre vigilados por mujeres, que llegan a convertirse en sus amantes. Todo lo que se diga del complicadísimo mecanismo del espionaje y el contraespionaje no acabaría nunca de reflejar con exactitud la forma en que se desarrollan tales actividades.

La vigilancia de los cargamentos que se despachan de Europa para los puertos de Suramérica se releva de escala en escala. Suponiendo que las escalas de un transatlántico que sale de El Havre sean Vigo, Lisboa, Madeira, Pernambuco, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, las muchachas exportadas irán conociendo en cada puerto a un señor o a una señora, o también a un matrimonio, que siempre se muestran deferentes con ellas, haciéndolas objeto de toda clase de obsequios.

Huelga decir que son rarísimas las mujeres que hacen la travesía con su propia personalidad, sino que siempre llevan documentación falsa. Los traficantes disponen de verdaderos laboratorios, en los que confeccionan pasaportes, actas de nacimiento y hasta títulos académicos. No hace tres años fueron detenidas dos bellísimas jóvenes alemanas que iban "consignadas" a un célebre millonario uruguayo. Las muchachas, que habían realizado estudios universita-

rios, se trasladaban a América con la misión conferida por un organismo científico de dar varias conferencias sobre Paleografía.

A tal extremo llegó la audacia de los traficantes, que, en el puerto de Montevideo fueron recibidas las jóvenes por las autoridades académicas. La Policía, que embarcó en Santos, no acabó de convencerse de que la finalidad del viaje de las alemanas fuese aquel que ellas decían, por lo que procuró no perderlas de vista. Tan pronto como hubo atracado el buque, empezó a descender el escaso pasaje que había para Montevideo, a excepción de las mujeres, que no acababan de convencer a la Policía. Las personalidades que las aguardaban en el muelle subieron a bordo, y entonces es cuando los agentes pidieron toda clase de perdones, comprendiendo que se habían tirado una plancha.

En efecto, ambas leyeron las conferencias en español delante de un distinguido auditorio, y a los pocos días desaparecieron del plano de la actualidad. Estas dos jóvenes, de dieciocho y diecinueve años, sabían de sobra que iban destinadas al serrallo del millonario. El asunto fué descubierto al interceptarse un cablegrama cifrado y transmitido a Berlín, dando cuenta del éxito del negocio. Por la entrega de las dos mujeres recibieron los traficantes 50.000 pesos, o sean 250.000 pesetas. La Policía de la represión no pudo hacer otras gestiones afortunadas que la detención de dos pobres diablos, uno en Berlín y otro en Montevideo; este último se había entendido con un desconocido para transmitirle los deseos del millonario, el cual fué encarcelado, condenándosele también al pago de una fuerte multa; pero de los verdaderos promotores del delito no se llegó a saber una palabra.

No hace muchos años fué detenido en un puerto brasileño un reverendo padre dominico, que se dedicaba a evangelizar salvajes en el intrincado *sertao* del Araguaya, para disfrazar su verdadera profesión de tratante de blancas. Había logrado conquistarse la confianza y el respeto de muy significadas personalidades, lo que le facilitaba enormemente su labor inhumana. El género en que traficaba eran monjitas y jóvenes novicias, que decía conducir a uno de los conventos creados en las ciudades semiindígenas del interior, habitados por abnegadas y santas mujeres. Naturalmente, estas novicias no llegaban jamás a su supuesto destino, sino que bien pronto pasaban las fronteras en demanda de las grandes ciudades del Sur.

El truco fué descubierto por una de las víctimas, la cual logró

escribir una carta a un jefe de la Policía, al que puso en antecedentes de todo lo que le había sucedido, así como a sus compañeras. En efecto, la Policía de Génova acabó de aclarar la verdadera personalidad del supuesto misionero, que jamás llegó a facilitar el menor detalle acerca de la organización.

La delación es rarísima entre estas gentes, ya que el delator no escapa nunca a las terribles venganzas de los "especialistas", que no son otra cosa que asesinos al servicio de la organización. Por eso es preferible el presidio durante algunos años que exponerse a perder la piel y la esperanza de volver a trabajar con el mejor provecho.

Por lo general, cuando cumplen la condena, han quedado incapacitados para seguir viviendo del mismo oficio, ya que la ficha más completa de estos individuos es remitida a la Policía de todo el mundo. En París, la "Brigade Mondaine" de la Prefectura del Sena, tiene registrados a todos los traficantes de esclavas blancas que han cumplido alguna condena. En vista de esta imposibilidad en que se encuentran los ex condenados para seguir dedicándose al tráfico con cierta impunidad, no por eso dejan de pertenecer a la organización, pero ocupando puestos inferiores a los que perdieron. Lo más frecuente es que se encarguen de la administración de los quilombos o prostíbulos, que realmente pertenecen en su mayoría a los tratantes, si bien nunca son ellos los que figuran como propietarios. Las encargadas de estos establecimientos son viejas prostitutas, cuya honradez acrisolada, en lo que al manejo del dinero se refiere, supone la mejor garantía para la buena marcha del negocio. Por otra parte, es muy difícil que haya trabacuentas, ya que las prostitutas no pueden cobrar sus honorarios más que por medio de fichas, que recoge diariamente el administrador, así como el producto metálico de su disposición amorosa.

COMO OPERAN LOS TRAFICANTES DE CARNE HUMANA

La documentación de las mujeres.—Cómo las sujetan los traficantes.—La promesa del empleo.—De la ilusión a la realidad.—La comedia del «cadet».—El primer paso en falso.—Cómo se efectúa la recluta de muchachas.—El desacreditado truco de las casas de modas.—Elección y selección de las víctimas.—Un pueblo sin mujeres.—Cómo se las educa.—El cine y la trata de blancas.—Anuncios de la prensa.—Los negocios de una dama.—El triunfo de un agente femenino.

No sería justo afirmar que todas las mujeres que son exportadas diariamente para América ignoran cuál es la finalidad de su viaje. El desarrollo de las libertades de la mujer ha venido a favorecer este tráfico, de tan dificilísima represión, ya que existe una gran mayoría de prostitutas que no tienen inconveniente en expatriarse en demanda de un campo más amplio y de mayores beneficios. No obstante, las autoridades represoras actúan con el máximo rigor, y en todas las leyes de emigración de Europa existen artículos y disposiciones que dificultan extraordinariamente el viaje de mujeres solas.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que la organización de este gran mercado internacional dispone de los elementos más poderosos para la realización de sus fines, esas disposiciones legales dejan de tener valor en el momento en que los traficantes saben falsificar todos los documentos que se expiden en los registros civiles, alcaldías, oficinas policíacas y despachos consulares.

Ya sabemos cuáles son los procedimientos de que se sirven para hacer llegar la "mercancía" a los puertos de destino cuando se trata de "paquetes faltos de peso", o sea de mujeres que, o no tienen la edad suficiente o fueron miserablemente engañadas acerca de la verdadera finalidad de su expatriación, en lo que ponen el máximo ingenio, utilizando métodos de la más temeraria audacia.

Como quiera que en América es donde residen los corresponsales y cómplices y toda esa fauna siniestra, formada por individuos de todos los países y hasta de los pueblos más pequeños, siempre resulta facilísimo hacer llegar un paquete sin infundir sospechas demasiado graves. El mismo rigor de las medidas represivas, así como su divulgación, representa una ayuda bastante valiosa para la prosperidad del tráfico. Esto parece una paradoja, pero no es así, como veremos más adelante.

En lo que afecta a las mujeres que se entregan voluntariamente a la trata, huelga decir que las cosas se llevan a cabo con bastante facilidad, puesto que lo único que se las exige, si son casadas, es la presentación de documentos que lo acrediten, así como el consentimiento del marido para emprender el viaje. La norma de conducta a seguir durante la travesía ya depende de ellas; saben que la máxima prudencia es lo que constituye la clave del éxito, y no ignoran tampoco que, desde el momento en que aceptaron el pasaje y la escasa cantidad para los gastos de la travesía, firmaban un contrato y una especie de declaración, afirmando que se expatriaban por voluntad propia. Esto, naturalmente, no se hace por medio de documentos, sino por cartas, cuya redacción se dicta con todas las garantías. Si comete la imprudencia de incumplir el contrato, en el que se ha comprometido a habitar, por cierto tiempo, las casas de prostitución a que va destinada, la Policía recibirá una denuncia anónima y la mujer no tarda en ser reintegrada a su país de origen.

Pero no es esto sólo; habida cuenta de las dificultades que existen para la entrada de las mujeres, por lo que se ha recurrido a documentos falsos, resulta que el hecho de haber utilizado tales documentos implica un delito bastante grave y de sanciones duras. Mientras se comprueba la veracidad de la denuncia, transcurren, por lo menos, dos meses; este tiempo equivale a una prisión inevitable y a la repatriación después, siempre que las cosas no se compliquen de forma tal que la condena se amplíe a varios años. Por estas razones tan poderosas, la prostituta tiene buen cuidado de cumplir lo prometido al pie de la letra, dejándose de fantasías; esto es, renunciando en absoluto a todos los derechos de que hubiera disfrutado en su existencia libre.

En todas las ciudades de América hay padres, maridos y familiares completamente falsos, cuya única misión consiste en pasar por el grado de parentela que se considere más oportuno para el más feliz arribo de la prostituta expatriada.

Del mismo modo, la muchacha absolutamente honesta, que cree a ciegas en que marcha a la Argentina como empleada de un gran almacén, de una fábrica o una casa de modas, sabe que, "para que no la confundan" y la impidan el desembarco en la tierra de promisión, no tiene más remedio que decir que va a reunirse con sus padres, o, sencillamente, colocada en cualquier establecimiento de toda solvencia, o solicitada como "mucama", esto es, sirvienta, por una familia de su mismo pueblo.

Hay numerosos encargados y jefes de personal de almacenes y establecimientos fabriles, que no tienen inconveniente en complicarse en estos asuntos; todo depende de la cantidad, ya que la moral, en lo que a estas cuestiones afecta, no da lugar a muy enérgicas reacciones de conciencia en tan privilegiados países...

En efecto, se llega a más; la muchacha que ha venido, por ejemplo, de Austria y está especializada en la fabricación de cristal, es admitida en cualquier fábrica del país, ocupando un puesto mal retribuído y mal considerada, además. Naturalmente, no tarda en cansarse de esa existencia, tan distinta a la que ella había soñado; pero en este momento aparece en escena un guapo muchacho, el cual, compadecido de su desgracia, la brinda una protección leal y desinteresada, empezando por abonarla los atrasos que tenga en la pensión e incluso facilitándola su traslado a otra mejor.

Esta comedia se lleva a cabo con tal habilidad, que la joven no tarda en entregarse por entero al simpático muchacho, tan formal y correcto que la espera en la puerta de la calle, para que nadie pueda pensar mal si subiese a buscarla a la habitación. Ahora bien; él sabe que no debe tocarla siquiera; si tal hiciese, lo pagaría caro, ya que no es más que un "cadet" insignificante al servicio de la organización. El "cadet", de tan honesta conducta, es un ser sin corazón, vicioso, vago y, generalmente, de gran mundo y hasta de sangre azul.

Este individuo, día tras día, durante un mes o un par de ellos, ha ido habituándola a una vida fácil de placeres y vestidos, e incluso al extremo de girar a sus padres, que viven en Europa, el supuesto producto de los ahorros de la obrera. Al cabo de cierto tiempo, el "cadet" la presenta a un señor, al cual está destinada. Por lo general, suele ser un hombre rico, que luce joyas y pasea automóviles, lo que no deja de ser bastante más fascinador que la vida a que la acostumbró el joven. Este, en el momento oportuno, desaparece de la escena, pretextando que va a casarse o a cometer

otra estupidez parecida, y a los pocos instantes llega el señor, que la encuentra sumida en un mar de lágrimas.

Entonces, la patrona de la pensión, que pertenece al tráfico también, interviene con sus buenos oficios como alcahueta. La dice que aquel señor que la visita puede resolver absolutamente todos los problemas de su vida, cosa que "hoy hacen todas las mujeres". La joven, si es honesta, se defiende cuanto puede; pero la amenaza de la patrona de que va a denunciarla si no la abona el hospedaje, acaba de decidir a la desdichada. La asegura que todo lo hace "por su bien", y, por fin, termina por confesarla que el magnífico señor está enamoradísimo, cosa que no la ha querido decir "porque no la tomen a una por alcahueta". Cuando llega el sicacho con cualquier regalo, no falta otra cosa sino la llegada al final.

En este caso, por demás frecuentísimo, no es posible que la desdichada vea a los culpables de su caída, puesto que, hasta cierto punto, ella es la única responsable.

Cuando salió de la ciudad en que vivía con sus padres, trabajando honradamente, fué por su propia voluntad y con la esperanza de ganar más dinero, en virtud de su especialización en cualquier aspecto de la industria del cristal. Un representante de toda clase de industrias, establecido en la ciudad desde hacía muchos años, hombre honesto y trabajador—pero al servicio de la trata de blancas—, fué quien la ofreció el empleo, mostrándole una carta con un gran membrete, en la que, con toda urgencia, le pedían el señaladísimo favor de hacer todo lo posible por enviar una o dos obreras especializadas en la confección, por ejemplo, de objetos de fantasía. De paso, incluían un cheque de varios cientos de pesos, tanto para el pago del pasaje como en virtud de adelantos para las obreras, que apenas si tenían que hacer otra cosa sino firmar los contratos adjuntos.

El representante no dice que en el mismo sobre venía una carta para él, en la que, sirviéndose de una clave, se le dan instrucciones acerca de cómo han de ser los "paquetes" a remitir; esto es, altas o bajas, delgadas o gruesas, faltas de peso o maduras, rubias o morenas, etc. En cambio, insiste mucho acerca del contenido de un párrafo, en el que se le advierte que no dejen las obreras de tomar todas las precauciones posibles en cuanto a documentación, a fin de evitar que la Policía vaya a creerlas destinadas a la trata de blancas, lo que redundaría mucho en perjuicio del buen nombre de la "fábrica más importante y seria del país".

El representante tiene orden de la casa de acompañar a los paquetes hasta el muelle, donde, "por casualidad", casi siempre hay un señor, que viaja en la mejor clase del buque y que es conocido del acompañante de las muchachas, las cuales le recomienda con el mayor interés. En el embarque no hay dificultades, puesto que con la autorización de los padres hay suficiente; al desembarcar es cuando las pedirán los documentos todos, y, muy especialmente, el certificado de buena conducta, expedido por la autoridad competente, así como el contrato de trabajo.

En vista de que la casa es conocidísima en toda la ciudad, la Policía no tiene derecho a intervenir, aparte de que muchas veces las supuestas empleadas suelen ser recibidas en el muelle por el jefe del personal de la fábrica, el cual ofrece toda clase de garantías.

Unos días más tarde empiezan a trabajar en las condiciones apuntadas, y entonces es cuando aparece el "cadet". Tampoco pueden las mujeres culpar a estos galantes muchachos, que tan correctamente se portan con ellas, hasta que llega el momento de acabar la comedia. Así, pues, no cabe duda que no existen responsables, y, por lo tanto, las jóvenes se ven imposibilitadas de denunciar su caso a la Policía, que acaso pueda perseguirlas por incumplimiento del contrato de trabajo.

Uno de los disfraces más frecuentes empleados en el negocio son los establecimientos de modas, situados en las grandes ciudades de toda América. Tales establecimientos suelen ser verdaderas casas de prostitución y de citas, que, naturalmente, funcionan de una manera clandestina.

Cuando hacen falta mujeres, la organización de la trata de blancas designa a un individuo, natural de cualquier pueblecito de un país europeo, generalmente de Austria, Polonia o Alemania. Dos o tres meses antes de realizar el viaje, el sujeto en cuestión procura reanudar las amistades que dejó en el pueblo, anunciando su próxima visita. Escribe en papel la casa de modas que dirige, y habla de la buena marcha de los negocios. Un buen día arriba a la pequeña ciudad, magníficamente vestido y alhajado, y allí permanece unos días, sin dejar de concurrir a los lugares donde se reúnen las muchachas, con el fin de hacer la elección del género que necesita. Por lo común, siempre se dirige a las más humildes, y valiéndose de cualquier amigo, no tarda en proponer a los padres de las jóvenes el traslado de éstas a América, donde que-

darían colocadas en su casa como maniquíes para exhibir los modelos.

Huelga encarecer la importancia del factor económico en estas cuestiones, y, por otra parte, la sordidez de estos campesinos. El agente reclutador habla de cifras fantásticas y de sueldos fabulosos. Por otra parte, las jóvenes empiezan a soñar con verdaderos paraísos; no cabe duda que el cebo no puede ser más sabroso.

Por lo común, no hace falta insistir demasiado para que el negocio se realice; hay veces en que las jóvenes son materialmente vendidas por sus padres, cosa muy frecuente, si se trata de judíos polacos. Aunque no ocurra así, el modisto—esto es, el gerente del prostíbulo—es un hombre conocidísimo en el pueblo, del que no se puede esperar una inmoralidad; tal es el criterio de estas gentes toscas, que ven tanta mayor moral allí donde hay más dinero. En resumen, que cuando los padres y las muchachas están convencidos de que por este procedimiento pueden sobreponerse a la miseria que les consume, los reparos morales y sentimentales no se advierten siquiera. En un pueblecito polaco de las inmediaciones de Lodz, llegó un día en que de 168 mujeres que el año anterior formaban el censo de los dieciocho a los veinticinco años, no quedaban más que treinta y nueve; las demás habían marchado a América con diversos pretextos, aunque muchas manifestaron claramente que lo hacían para dedicarse a la prostitución. Ni que decir tiene que todos los padres dieron su consentimiento, requisito imprescindible para poder embarcar; el desembarco no cabe duda que se llevaría a efecto con la intervención de los traficantes de mujeres, bien empezando desde el puerto de embarque o durante la travesía.

Pero aún hay algo más interesante que todo esto, y que es otra prueba de la magnífica organización del negocio, por una parte, y de los enormes beneficios que de él se obtienen, por otra.

Cuando la recluta de mujeres se efectúa en esos medios sociales, humildes y toscos, casi primitivos, no se puede atender a otras características que las de la belleza de las mujeres, ya que es inútil pensar en que posean cierto grado de cultura ni los más elementales ademanes o modales de educación necesarios para salir de su esfera.

Por esta razón, la "corcha", que es como se conoce a estas jóvenes, son enviadas a París e internadas en colegios, de cuya honorabilidad no es posible dudar, aunque también existen academias

dedicadas a este aspecto exclusivo de la educación. Por lo general, aprenden nociones de español y francés, y, sobre todo, a cuidarse de sí mismas. Hay "cadets" que no tienen más misión que la de acompañar a estas muchachas a todas las partes donde puedan aprender cualquier cosa útil, tales como teatros, cabarets, cafés, etc., sin olvidarse de las academias de baile, lo que tiene la mayor importancia. Si se trata de una joven inteligente, en tres meses está ya en condiciones de realizar el viaje y ser ofrecida a cualquier estanciero rico.

Esta preparación tiene un doble objeto, de cuya importancia no puede dudarse. En primer lugar, aprenden a vivir en sociedad, adquiriendo conocimientos y ademanes, que tanto han de influir en su precio de venta, y, por otra parte, que, cuando se han acostumbrado a esa existencia de placeres y distracciones olvidaron el hábito del trabajo, que en toda su vida de juventud y de belleza habrán de recuperar. En efecto, una vez llegadas a la casa de modas o al mostrador de la tienda, forzosamente han de añorar aquellos tres meses, que pasaron como un sueño, tan diferentes de éstos, en que están obligadas a trabajar, encerradas todo un día y sin poder asomar la nariz a la calle, puesto que allí comen y allí duermen.

En estas condiciones, la "maestra" o la "gerente" del establecimiento se encuentra el terreno perfectamente abonado para decirla que un fulano cualquiera, pero con la cartera repleta, está dispuesto a todo, con tal de que acceda a ser su amiga. En efecto, el señor la instala en un pisito elegantísimo, donde no la molesta demasiado, dejándola la noche libre. Este señor suele ser un magistrado, un estanciero, un senador o un obispo, que han abonado por la muchacha cuarenta o cincuenta mil pesos, moneda nacional. Por las noches, si quiere, puede obtener un suplemento de ingresos muy saneados, acudiendo a recibir a los amigos, que se reúnen en las "boites" de los alrededores de la ciudad. La desdichada que acepta esta proposición de su antigua maestra ya no tiene más remedio que seguir acudiendo siempre que la vieja lo quiera, y, además, como una obligación que no puede eludir, a no ser que prefiera que el viejo sea puesto en antecedentes de su existencia poco honesta; la de dejar para la casa el 50 por 100 de sus ganancias, que nunca sabe en qué cantidad consisten, ya que los reglamentos de la honorable casa prohiben rigurosamente a las muchachas hablar de dinero en sus entrevistas de amor.

El pretexto de la casa de modas, la oficina, el almacén y demás trucos, tan empleados antes de la guerra mundial, han perdido actualidad y apenas si se emplean más que en los pueblos más atrasados, donde se ignora que "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad".

En los tiempos que corren, aunque los organismos internacionales de la represión no quieren darse por enterados, el tráfico de blancas se efectúa de Europa a los Estados Unidos, y de aquí a la América del Sur. Por verdadera costumbre, por un estúpido rutinarismo oficial, casi toda la actividad represora se desarrolla en las costas del Atlántico, sin atender para nada a las del Pacífico; desde Colombia a Santiago de Chile existen numerosos puertos en los que una mujer, joven o vieja, desembarca sin que nadie la moleste. Y no digamos nada de las innumerables facilidades con que se atraviesa la cordillera de los Andes en demanda de las repúblicas del Atlántico.

Hasta hace algunos años, el centro de importación de mujeres más importante de Norteamérica era Nueva York, donde la Policía tenía fichados a cerca de cuarenta mil individuos dedicados a este tráfico, como único medio de buena vida. En la actualidad, Nueva York y Chicago no han perdido su importancia; pero si la comparamos con la población que tiene Los Angeles, veremos que en esta Meca del cinematógrafo se quedan pequeñas las mayores proporciones.

En estas poblaciones de celuloide, puede decirse que una quinta parte vive del cinematógrafo y el resto de la prostitución y de la trata de blancas. Holliwood acoge diariamente a numerosas mujeres que afluyen de todos los países con la intención de eclipsar las glorias de la Greta Garbo. Generalmente, no hay necesidad de desembarcar en los Estados Unidos, estando tan cerca los puertos mejicanos, lo que quiere decir que queda suprimida la mayor parte de las dificultades opuestas por la Policía.

Infortunadamente, al cabo de muy pocos días de estancia en esta ciudad, que sólo es capaz de impresionar un poco a las gentes sensatas cuando se la observa a través de las revistas cinematográficas, la desilusión y el desencanto son tan enormes, que el hombre o la mujer que reciben tan rudo como insospechado golpe quedan disponibles para todo y aptos para aceptar lo que se les ofrezca.

Entre estos fracasados no cabe duda que se encuentran muje-



MUCHACHAS POLACAS

Esta fotografía formó parte de la colección de un traficante de Nueva York «especializado» en el género israelita. La «mercancía» se ofrece de esta forma a los clientes de los hoteles neoyorquinos.

LAMINA I



LAURA LA PLANTE

Esta célebre artista cinematográfica cooperó al descubrimiento de una vasta organización de traficantes de mujeres que operaba en el Oeste de los Estados Unidos.

LAMINA II

res bellísimas, pero perfectamente inútiles para este delicado arte, que tantas exigencias tiene. Todas las que no consiguen ver abiertas las puertas de los estudios se conformarían, siquiera, perteneciendo a las compañías en calidad de algo; más tarde, sin haber perdido por entero las ilusiones, quisieran encontrar un refugio como camareras de un restaurante o un bar; luego, aunque fuese como domésticas, y, por fin, ofreciéndose a cualquier transeúnte... Pero la mujer en Hollywood no vale nada, ¡hay tantas de sobra!...

Entonces es cuando los traficantes pueden aprovecharse y elegir el momento oportuno para actuar con éxito. Ya no se las intenta sorprender con el truco de la casa de modas; "pero acaso en una compañía de revistas...". Esto, naturalmente, encaja mejor en las aficiones de la fracasada. Y allí mismo, en Hollywood, se organizan las compañías, que marchan a Suramérica, en las que el director es un miembro de la trata de esclavas.

El hombre las habla de vestuario, de los gastos que origina la provisión de documentos, de los viajes, los hoteles, etc. No obstante, paga todo y aun ofrece cantidades a las mujeres para sus atenciones particulares. Ellas, naturalmente, aceptan todo, hasta la firma de un documento, que es un contrato que a algunas las ata para toda la vida. Estos desinteresados protectores logran muchas veces constituir verdaderas compañías, tan serias, que se olvidan de que pertenecen a la organización que constantemente está reclamando nuevas mujeres, víctimas nuevas.

Una vez que llegan a una ciudad grande, el empresario se declara en quiebra y la compañía hace como que se disuelve; pero, en realidad, es un empresario nuevo, perteneciente también a la trata, que abre un teatrito por su cuenta en cualquier barrio de la ciudad, con tal de dar a conocer el arte de la agrupación. Durante todo el tiempo que las muchachas han permanecido sin trabajar, han vivido de la magnanimidad del representante, quien no tiene inconveniente en sufragar todos los gastos. En este plan de batalla, llega un momento en que las artistas se ven materialmente acosadas, y un día el empresario les expone la situación con negros caracteres: él está perseguido por los acreedores, y con objeto de remediar un tanto tan angustioso estado de cosas, finge haber realizado una operación con un usurero judío, el cual le amenaza con llevar el asunto a los Tribunales. Con las frases más patéticas acaba por decir a las muchachas que no tiene más remedio que dedicarse a cualquier actividad que produzca dinero inmediatamente, y, al efec-

to, como también ellas se ven amenazadas en su libertad, no tardan en acatar de lleno las proposiciones de su "generoso" protector. En resumen, que se instalan en una casa de prostitución o son vendidas a cualquiera de los potentados, que siempre están dispuestos a cambiar de querida.

Toda esa enorme cantidad de mujeres, que acude a las ciudades cinematográficas de América en pos de la materialización de sus sueños de arte, no lo hacen espontáneamente y a la ventura. Los lectores de las planas de publicidad de casi todos los periódicos conocerán de sobra esos anuncios en los que "una importante casa cinematográfica necesita aficionados de ambos sexos para filmar rápidamente". Entre estos anuncios hay muchos que son insertados por empresas serias, solventes y morales, que, en efecto, necesitan candidatos a refulgentes astros. Pero, a la sombra de estas casas medra una infinidad de agencias sospechosas, que escapan a las investigaciones policíacas, en virtud de que, en efecto, disponen hasta de estudios de prueba, con aparatos tomavistas, soles artificiales, escenarios y cuantos elementos se hacen precisos para disimular la verdadera finalidad del negocio.

Una gran parte de los funcionarios de estas empresas son gentes honorables, que cumplen con sus obligaciones con el mayor entusiasmo, convencidos de que viven del cinematógrafo, sin sospechar jamás que sus sueldos tienen las raíces en la desgracia de infinitas mujeres.

Los progresos del cine sonoro han dado lugar a que aumente considerablemente la demanda de material humano. Antes, la producción muda de los editores de películas se hacía a base de artistas reclutados en los teatros, sin importar de qué nacionalidad y lengua; pero ahora hacen falta gentes de todos los idiomas, y como quiera que las primeras figuras han de ser ahora más abundantes, de ahí la necesidad de deponer el rigor que antes era necesario en la selección de esos elementos.

En las empresas dedicadas al reclutamiento de actores... de la trata de blancas, se concede al hombre casi más importancia que a las muchachas; la mayoría de los anuncios que solicitan actores de ambos sexos son bastante sospechosos: de la joven agraciada, se hace una prostituta y del muchacho de ademanes desenvueltos, elegante y buen tipo, se consigue un "cadet", o sea un "gancho", cuya misión consistirá en seducir desgraciadas, que irán a engrosar los enormes contingentes de la prostitución elegante.

Esta modalidad de reclutamiento parece haber dado los mejores resultados en España, Portugal e Italia, que son precisamente los tres países europeos más directamente relacionados con Suramérica. Los principales centros de contratación de supuestos artistas de la pantalla son Barcelona y Madrid, y huelga decir que el mayor contingente de muchachas lo dan las dactilógrafas, empleadas, modistillas y otras de idéntica mentalidad.

La Prensa española vive dentro de la máxima ignorancia de estas cuestiones, y ni por casualidad, cuando narra un suceso en el que han intervenido los traficantes de mujeres, se hace la más ligera alusión al motivo real del asunto.

El "cadet" es reclutado también por medio de anuncios, en los que se solicitan "hombres jóvenes, elegantes y bien parecidos para desempeñar trabajo fácil y remunerador". Estos jóvenes, que entran a formar parte de la organización, no tienen más misión que desempeñar sino seducir muchachas que estén a tono con las condiciones que se exigen para la profesión a que habrá de dedicárselas. Muchas veces, un padre llega compungido a una Comisaría denunciando la desaparición de su hija, bella muchacha de dieciocho años en adelante, de la que sospecha que ha huído con su novio. Este novio no es más que un "cadet", al que todos conocían con un nombre, una profesión y un domicilio completamente falsos. La Prensa, que refleja en sus secciones de sucesos estas puerilidades de la vida, habla del amor, de la pareja de tórtolos, de las locuras de la juventud y de otros tópicos igualmente imbéciles; pero jamás ahonda en el caso para averiguar la verdad, que es lo mismo que le ocurre a la Policía la mayor parte de las veces.

Teniendo en cuenta cuál es la moral española, la muchacha que huye con su amante, o simplemente su novio, que ha tenido buen cuidado de no "averiar el fruto", sabe que está deshonrada y que a la vuelta al hogar se convertirá en un ser despreciado por los suyos, del que cruelmente han de huir sus antiguas amistades. El "cadet" lo tenía todo prevenido, y conduce a su novia a Barcelona, a Lisboa o a otra ciudad populosa de la península, donde ya la esperan los gavilanes, que han de precipitarse ansiosos sobre la cándida paloma. En un momento dado, el galán abandona a su conquista en el hotel, donde la ha instalado con una documentación falsa, teniendo la precaución de presentarla unos días antes a un señor respetable que les acompaña por la ciudad. Naturalmente, el señor se aviene a librarla de la cárcel, donde sería recluída de no

pagar el importe del hospedaje, y de paso la propone un empleo en América. En efecto, en la imaginación de la muchacha se desarrollan nuevas ilusiones, y el viaje se efectúa rápidamente.

Es posible que durante la travesía entable amistad con un joven estudiante o artista, natural de cualquier república suramericana, que se traslada a la Argentina, para, desde allí, dirigirse a su país natal. El desembarco se efectúa con facilidad y su ingreso como empleada en una casa de modas o cosa parecida constituye el último escalón en el descenso de su vida.

Por regla general, puede decirse que lo que los traficantes denominan "paquetes faltos de peso" son las mujeres que ignoran en absoluto la realidad de lo que va a ocurrirles; pero esto no quiere decir que todas se hallan en las mismas condiciones, ya que la inmensa mayoría conoce los motivos de su expatriación y hasta demuestran la mayor contrariedad cuando son detenidas por la Policía.

Lo que realmente las fascina son las promesas hechas por los propagandistas, asegurándolas que la forma de prostitución que van a adoptar no se diferencia en nada de la vida que llevan a cabo las mujeres más significadas del país a que se trasladan; y no les falta razón. Por lo general, cuando la muchacha reúne todos los encantos más valiosos—muchísimas son hasta físicamente vírgenes—, llega magníficamente colocada. Como quiera que el comprador ya la conoce por fotografías y por descripciones exactas acerca de todas sus características, no tiene inconveniente en recibirla en un alojamiento magnífico, que acaba de poner a su nombre. Por lo común, una mujer de primera categoría realiza la travesía en primera clase, y es esperada al costado del barco por un lujoso automóvil de su propiedad. No hay inconveniente en decir, por otra parte, que en América se han celebrado muchos matrimonios de hombres acaudalados con muchachas que llegaron al país con la sana intención de alojarse en un quilombo; en una república suramericana se sabe que la esposa de un ex jefe del Estado escaló tan alto puesto después de haber producido muy saneados beneficios a los traficantes de blancas.

Ahora bien, las mujeres que de su desgracia hacen su suerte no son tantas como dicen los tratantes de carne humana, ni tampoco es tan fácil conquistar estos puestos, envidiados por todas las mujeres, ya que, aparte de la belleza física, necesitan estar en posesión de las características que hicieron famosas a las hetairas griegas,

a lo que muy difícilmente puede llegar una campesina reclutada en la serranía de Córdoba.

No obstante, cuando los traficantes dan con una mujer que merezca la pena, no cabe duda que procuran refinarla por todos los medios imaginables, conscientes de que con ello aumentan su valor; aún debe de estar en presidio una mujer que trabajaba independientemente y auxiliada nada más que por cuatro "cadets", la cual se había especializado en este género, no facilitando mujeres que valieran menos de 500.000 pesetas.

Esta señora llegaba a los centros de sus operaciones—casi siempre París—, instalándose en los mejores hoteles. Tan pronto como echaba la vista a una muchacha de su agrado, procuraba conquistarla con regalos y atenciones, hasta que la proponía quedarse con ella como señorita de compañía. Como quiera que la alcahueta era inmensamente rica, huelga decir que rara vez fracasaban sus gestiones, que llevaba a cabo con la mayor habilidad. Si la muchacha no estaba bien preparada, la matriculaba en una academia de enseñanza superior, la hacía aprender idiomas, piano, etc., abonando durante un año todos los gastos que esta educación ocasionase, que no dejaban de ser cuantiosos. Lo primero que hacía era cerciorarse de la integridad física de su protegida, y, al efecto, se valía de los servicios de un médico especialista, el cual efectuaba un minucioso reconocimiento de la joven, con el pretexto de hacerla un seguro de vida.

Si la encontraba virgen, procuraba tomarla inmediatamente a su servicio, no dejándola salir sola a la calle ni un momento. Siempre la hacía pasar por su sobrina e incluso por una hija, según el grado de afecto que llegase a cobrarle. Para no despertar sospechas, cuando se dirigía a la Argentina no entraba nunca dos veces por el mismo sitio; si una vez desembarcaba en Buenos Aires, a la siguiente lo hacía en Montevideo, trasladándose después por hidroavión a la capital del Plata. En otras ocasiones llegaba hasta Chile, penetrando en la Argentina por el ferrocarril Transandino, o bien dirigiéndose al Paraguay para arribar a cualquier puertecillo fluvial del río del mismo nombre, por el cual fuese fácil ganar el terreno argentino en automóvil. Esta mujer atravesó el Atlántico treinta y dos veces en nueve años en viajes completos de ida y vuelta; el número de mujeres que introdujo en el mercado argentino no se ha podido saber nunca, porque la mayor parte de los com-

pradores de su mercancía representaban los más prestigiosos sectores de la vida nacional.

Durante la actuación de esta, en apariencia, respetable dama, tuvo lugar el proceso de un juez, que había sido sobornado por ella. Verdaderamente, no tenía necesidad de recurrir a tales procedimientos, ya que contaba con numerosas y valiosísimas influencias en casi todos los medios sociales de más relieve.

Una familia alemana, a que pertenecía una de las protegidas de la dama en cuestión, extrañada de llevar mucho tiempo sin recibir noticias de la joven, puso en marcha determinados resortes diplomáticos, sospechando que hubiera podido ocurrir algo desagradable. El asunto llegó a conocimiento de un organismo represor, y desde entonces se estableció una estrecha vigilancia en torno de la alcahueta. La principal misión fué encomendada a un inteligentísimo agente femenino de la represión, notable abogada alemana, joven y de extraordinaria belleza. Cuando se supo que la traficante venía a Europa, tan pronto como se conoció el hotel en que se había instalado, en Londres, la abogada alemana se puso en funciones, domiciliándose en el mismo establecimiento. No la costó gran trabajo hacer amistad con la señora, la cual, viendo una buena presa, la propuso lo mismo que a todas: que entrara a su servicio como señorita de compañía. La joven, en principio, fingió la imposibilidad en que se hallaba de aceptar tan honroso cargo; pero, al cabo de algunos días, aceptó por entero.

Una vez en la Argentina, la acompañó a todas partes, enterándose de quiénes eran sus amistades y relaciones, para lo que se aprovechó de su supuesto desconocimiento del español, lengua que, en realidad, hablaba correctamente. El agente informó a su organismo de la manera de operar de la señora, que, francamente, no acababa de caer de lleno en el círculo de la ley. Por lo visto, al cabo de algún tiempo, presentaba a las muchachas a los presuntos compradores, y, después de hacer lo posible por inspirarlas la mayor confianza, las decía que aquel señor estaba enamorado de ella perdidamente—a veces, esto era verdad—; pero que, por estar casado o no querer contraer matrimonio hasta pasados unos meses, la ofrecía una parte de su fortuna a cambio de aceptar el lujoso "apartamento" que estaba dispuesto a regalarla y el soberbio automóvil que indudablemente matricularía a su nombre.

Todas estas proposiciones las acompañaba de consejos maternales, de una moralidad encantadora, y, por último, si la muchacha se resistía, acababa por decirla que su situación económica había variado mucho, viéndose casi a las puertas de la ruina. Agregaba también que ya era muy vieja; pero, como la había tomado verdadero cariño, quería dejarle resuelto su porvenir antes de morir, lo que no tardaría en llegar, ya que se encontraba muy agotada. La comedia la rodeaba siempre del mayor aparato posible, llegando hasta el extremo de fingir enfermedades, a fin de que sus argumentos tuviesen la mayor fuerza persuasiva.

Todo esto sucedió con la joven alemana; el comprador era un viejo terrateniente inglés, establecido en la Argentina hacía cuarenta años, al que dió unas rotundas calabazas, con gran indignación por parte de la vieja dama, que, olvidando todo el cariño que decía profesarla, la expulsó de su casa poco menos que como a una criada.

Claro es que, durante el tiempo que permaneció a su servicio como señorita de compañía, interceptó cartas y descubrió papeles importantísimos, de los cuales hacía reproducciones fotográficas. En virtud de sus investigaciones, comprobó que cuatro de las mujeres que la alcahueta había reclutado en Europa se encontraban a la sazón en un prostíbulo de Mendoza y otra en Buenos Aires, encarcelada. Esta última era la alemana, cuya falta de noticias promovió la investigación.

Cuando la abogada inició las gestiones para detener a su antigua protectora, tropezó con innumerables dificultades, ya que entre la documentación hallada en su casa había cartas bastante comprometedoras para algunas significadas personalidades. No obstante, el organismo represor apretó las clavijas cuanto pudo, y entonces salieron a relucir multitud de asuntos, que se resolvieron en un ruidoso proceso.

Se descubrió que la procesada poseía varias casas de prostitución en todo el país, si bien puestas a nombre de otras personas. En su juventud había sido amante de un político, muy influyente por aquel entonces, el cual la sacó de una casa de prostitución. Muerto el amante, se dedicó a la trata de blancas por cuenta de la organización, hasta que dió con sus huesos en la cárcel, donde cumplió cinco años. Valiéndose de toda la documentación de una señora española que había regresado a su patria, adoptó una personalidad nueva, y bajo este disfraz cometió todas las fechorías que reveló la habilidad de la inteligente abogada alemana.

Hay muchas mujeres que se dedican a este lucrativo negocio

de facilitar muchachas a los caprichosos acaudalados que las necesitan; pero raramente dan al negocio la importancia que la referida señora, contentándose sólo con la importación de tres o cuatro mujeres. A estas importadoras, que casi siempre ayudan a la organización en lo que pueden, los tratantes las denominan "tormentas", ya que su acción es sólo pasajera, y su actividad se desarrolla en los meses de diciembre a marzo, o sea durante la época de verano. Los puntos en que trabajan suelen ser las playas de moda, donde venden a las muchachas, dejándolas después en libertad. Ahora bien, si alguna acude a solicitar su ayuda, entonces no tiene inconveniente en proponerla el ingreso en un prostíbulo, por lo que siempre obtiene una recompensa del propietario de la casa.

Como se ve, lo mismo los elementos pertenecientes a la organización de la trata que los que operan modestamente por cuenta propia, no dejan de tomar toda clase de garantías y precauciones para eludir su responsabilidad si llegara el momento de descubrirse el asunto. Esto dificulta extraordinariamente la investigación, aparte de que la mayoría de las muchachas sacrificadas lo son a veces más por su gusto que por las presiones de la organización, por lo que con mucha frecuencia ocurre que los esfuerzos de las autoridades de la represión se estrellan contra el convencimiento de las propias interesadas de que no habrán de conocer otra existencia mejor y más fácil que la que se desprende del género de vida que han adoptado.

LA ESTERIL LUCHA DE LA POLICIA

Los innumerables procedimientos de chantage.—La esposa del comisario de Policía y el falso pintor.—La fotografía y el cinematógrafo en los momentos de intimidad.—La estudiante de Criminología.—Las diferencias de organización.—La Policía española.—La vigilancia en los puertos.—Procedimientos desacertados.—La oficina de Berlín.—Los éxitos obtenidos.—Las dificultades del represor y las facilidades del traficante.—La estéril lucha de la S. de N.

Para que la trata de blancas se terminase, sería necesario acabar, primero, con la prostitución; pero, localizando este aspecto, cabe decir también que el tráfico disminuiría bastante si los hombres encargados de reprimirle, como elementos directos de acción, fuesen insexuados o careciesen en absoluto de todo impulso sexual.

El "chantage" suele ser una de las armas más poderosas de estas gentes, sin escrúpulos y sin moral de ningún género, y cuando se tiene la desgracia de caer en sus redes, difícilmente se puede salir indemne si no es a costa de haber dejado entre las garras de la organización una parte del honor y toda la tranquilidad futura.

Cuando tratan de obtener la protección de un alto personaje, le tienden la red con una habilidad extraordinaria, poniéndole el cebo de una de sus auxiliares, o bien recurren a un "cadet" para que se las entienda con la esposa. Un comisario de Policía vienés se vió envuelto en un escandaloso asunto de trata de blancas, cuando toda su vida no había hecho otra cosa que luchar con el máximo interés en favor de la represión del inhumanitario tráfico. El hecho merece ser relatado, aunque ya hace unos cuantos años que sucedió.

Después de muy activas gestiones, el comisario había logrado detener a casi todos los miembros de una banda que operaba en la Galitzia, entre los que se encontraban varios judíos inmensamente ricos. En virtud de sus órdenes, la Policía seguía de cerca

a dos individuos muy significados, contra los que existían pruebas abrumadoras; uno era un judío alemán, dueño de uno de los más acreditados establecimientos bancarios de Koenisberg.

La esposa del comisario parece ser que tenía sobre su marido la suficiente influencia para llegar hasta las actividades de su profesión, y, al efecto, se encargó a un "cadet" la misión de seducir a la dama.

En efecto, el joven consiguió ser presentado un día al matrimonio, al que dijo ser un aristócrata francés, aficionado a la pintura. En Viena instaló un estudio, con el fin, decía, de hacer unos retratos de los tipos del país, aunque también logró que posasen varias damas de la buena sociedad, a las que, naturalmente, regalaba sus retratos. Su especialidad era el procedimiento al pastel, y puede decirse que realmente había de conceptuársele como un consumado artista.

La esposa del policía mordió el cebo y se dejó retratar en cuatro sesiones, cuyo tiempo aprovechó, además, el pintor para seducirla. Terminada la obra pictórica, los amantes continuaron entrevistándose en un hotel discreto de los alrededores de la ciudad, que acogía a las parejas de enamorados con la máxima reserva. Cuando entre el traficante y la esposa del comisario ocurrió lo inevitable, aquél, con todo cinismo, la planteó la cuestión, revelándola su verdadera personalidad. La única manera de evitar el escándalo, que indudablemente se produciría, era que el comisario facilitase la huída al extranjero de los dos perseguidos, objeto que ella podría conseguir bien fácilmente.

Como es natural, la dama se negó en absoluto a acceder a tal pretensión, amenazándole con hacerle detener, ya que no podría aducir pruebas de su adulterio. En este punto de la discusión, el canalla extrajo un sobre del bolsillo y, mostrándoselo a la señora, dijo:

—Las pruebas están aquí.

En efecto, eran fotografías que un cómplice había obtenido de los momentos de mayor intimidad de los amantes, y que serían entregadas al marido si las cosas no marchaban de acuerdo con los intereses de la organización.

Huelga decir que la esposa infiel prefirió que el marido dejase de cumplir con su obligación antes que dar lugar a que tuviese las pruebas más irrefutables de que ella había faltado a sus deberes de esposa con un traficantes de esclavas.

Este procedimiento de la fotografía ha producido inmejorables resultados para los intereses de los traficantes. Otro jefe de Policía de una ciudad de la América Central fué víctima de la habilidad de los tratantes de blancas, sin que tuviese necesidad de salir de su despacho para sufrir las consecuencias de su ligereza.

Cierto día llegó una bellísima mujer a la ciudad que decía dedicarse a estudios antropológicos de criminología, y, al efecto, llevaba una carta, falsa, desde luego, de otro jefe policiaco, que recomendaba con mucho interés a su compañero a la inteligente investigadora.

El comisario y el jefe del Gabinete Antropométrico la facilitaron toda clase de detalles, poniendo a su disposición las fichas e historiales de los delincuentes más célebres. Durante seis o siete días, la joven iba a la Jefatura para tomar sus notas, de paso que trataba de seducir al respetable comisario, el cual no tardó en rendirse a los encantos de la audaz investigadora.

El objeto principal de aquellas supuestas gestiones era apoderarse de varias fichas de traficantes, recientemente obtenidas, las cuales, de ser divulgadas, pondrían en grave riesgo el equilibrio de la organización a que dicha mujer pertenecía, ya que se trataba de cuatro o cinco agentes de la trata, que en su país gozaban del máximo prestigio, como comerciantes, industriales o funcionarios públicos.

Efectivamente, un día logró apoderarse de las fichas y los datos que con ellas se relacionaban, y con todo este material ejecutó unas habilísimas falsificaciones, sirviéndose de las tarjetas que había sustraído en el Gabinete Antropométrico de la Jefatura. Así, pues, consiguió sustituir las verdaderas por otras, en las que figuraban los nombres y todas las señas personales de los fichados; pero no así las impresiones dactilares, con sus fórmulas correspondientes, que había reemplazado por otras, cuyos moldes tenía impresos en caucho y pertenecientes a Dios sabe quién. Asimismo sustituyó las fotografías por otras de los mismos individuos, pero modificadas en tal forma que no podía decirse que el parecido fuese exacto, teniendo buen cuidado de hacer desaparecer los clichés originales para dejar en su lugar los falsos.

Mas no paró aquí la audacia de la inteligente auxiliar de la trata; aquel jefe era el terror de los traficantes que operaban en toda la parte del centro, especialmente en el Canal de Panamá, por donde no había medio de pasar una mujer que no estuviese

perfectamente documentada ni existía la posibilidad de que un hombre lograse otro tanto, a no ser que todos sus papeles estuvieran en las debidas condiciones.

Un pedido que se recibió de la Argentina, y que en manera alguna podría penetrar por mar, era necesario servirlo valiéndose de cualquier puerto del Pacífico. Los traficantes no podían perder esta ocasión de colocar a nueve jóvenes polacas, que se fingían artistas de variedades, cuyo valor representaba varios cientos de miles de pesos, y que ya habían salido de Cherburgo con rumbo a Valparaíso.

Cierta noche, la joven tuvo necesidad de terminar sus investigaciones, pretextando ser de mucha urgencia la remisión de estos trabajos para la confección de un libro de texto. El jefe de Policía creyó llegada la mejor ocasión para obtener los codiciados favores de la muchacha, ya que por la noche quedaba deshabitada la parte del edificio donde estaba situado su despacho, que tenía una entrada independiente.

En efecto, las cosas se desarrollan en la forma prevista, pero con el auxilio de un pequeño aparato tomavistas de gran potencia y de funcionamiento automático, que reprodujo los momentos más interesantes de las intimidades sexuales que se desarrollaron en el despacho del jefe policíaco.

Tres días después la joven desapareció de la ciudad, y ocho o diez más tarde pasaba el cargamento con toda facilidad a bordo de un buque alemán, muy conocido por los tratantes de esclavas.

Pero toda esta aventura tuvo un capítulo final. Tan pronto como el jefe de Policía se dió cuenta de todo lo acaecido y de la jugada de que había sido víctima, se trasladó personalmente a Buenos Aires, donde detuvo a su burladora, a los agentes fichados y las muchachas, que ya estaban instaladas en sus respectivas "colocaciones". No obstante, no pudo ser evitado el escándalo, que obligó al incauto policía a presentar la dimisión de su cargo.

Estos casos de suerte no pueden envanecer demasiado a la Policía internacional, que, por otra parte, tampoco puede decirse que se desenvuelva dentro de la máxima independencia en que pudieran encontrarse las mayores garantías de éxito. A veces, no es posible intervenir en muchos casos, puesto que la organización de la trata procura rodearse de toda clase de precauciones, complicando a veces a personalidades de tanto relieve, que ello resulta más que suficiente para alejar en absoluto toda sospecha.

Por otra parte, los organismos represores, y, sobre todo, la Policía, no disponen nunca de los formidables elementos que casi siempre ponen en juego los traficantes. En este punto, justo es reconocer que, por mucho que se diga, los intereses que mueven a unos y a otros jamás pueden resultar equivalentes, empezando por la enorme diferencia que existe entre los beneficios que en su profesión obtiene un agente de Policía y los que percibe un simple "cadet". En España, por ejemplo, un agente cobra al mes 350 pesetas escasas, mientras que no hay un solo "cadet" que no viva espléndidamente y no pueda gastarse diez duros diarios en diversiones. Desde luego, no hay país en el mundo en que la Policía trabaje con más actividad que en España, ni en peores condiciones, ni con sueldos más irrisorios.

Aparte de todas estas circunstancias de organización, tan diferentes en los dos bandos opuestos, la actividad de la Policía de represión del tráfico de mujeres no produce jamás el mismo resultado que en el sentido contrario obtienen los traficantes por la sencilla razón de que los intereses de los tratantes son los mismos casi siempre que los de las mujeres con quienes trafican. En esta identificación de móviles es muy fácil que las gestiones represoras culminen siempre en el éxito, lo que no ocurre más que en la escasa minoría que representa la exportación de los "paquetes faltos de peso", y esto no siempre en la totalidad de los casos.

La vigilancia de los puertos de embarque no se efectúa tampoco con arreglo a las mejores condiciones; claro es que existe la táctica de dejar que los traficantes realicen todos los gastos posibles hasta el final, pero esto sería bueno cuando el desembarque de las mercancías pudiera ser rigurosamente impedido antes de llevar a cabo una investigación minuciosa, lo que no es posible efectuar eficazmente, en virtud de que, como decimos antes, la mujer que no lleva la conciencia tranquila va garantizada por una minuciosa documentación, que siempre parece legítima.

Algunas veces han tenido lugar errores derivados de un celo excesivo de la Policía, deteniéndose a mujeres que, efectivamente, pretendían desembarcar en esos puertos, bien para reunirse con sus familiares o para desempeñar ocupaciones honestas. La mujer que llega a esos países dispuesta a trabajar honradamente realiza el viaje en la tercera clase de los barcos más económicos. Este solo hecho ya es bastante para hacer presumir a la Policía la existencia de una finalidad contraria, la que claramente se manifiesta en la

documentación que exhibe la pasajera, habiéndose dado casos infinitos de no poder desembarcar, por lo que nuevamente eran obligadas a volver a sus países de origen.

A pesar de todas las advertencias hechas por los dependientes de los organismos internacionales de la represión, en el sentido de vigilar el pasaje de las clases de lujo, con preferencia al que viaja en las sentinas de esos navíos, no ha sido posible lograr grandes éxitos ni realizar muy importantes reducciones en las cifras de exportación. Por esto, cuando el género merece la pena, el viaje se efectúa en primera clase, prefiriéndose los buques italianos o alemanes, cuyas autoridades no son partidarias de molestar demasiado al pasaje.

La revisión de documentos de los viajeros que marchan a la Argentina empieza a efectuarse en el puerto de Montevideo; el pasaje que ha de desembarcar en dicho puerto uruguayo no encuentra muchas dificultades por parte de la Policía, sobre todo cuando se presume que la estancia en el país ha de ser corta; siempre ha existido cierta rivalidad entre los dos pueblos que se disputan la hegemonía del Río de la Plata.

Desde Montevideo a Buenos Aires, los "pesquisas" argentinos, que llegaron la misma mañana en los paquebotes de la Compañía Milanovitch, se pasan diez o doce horas, lo que dura la travesía del río, molestando a los viajeros de las clases inferiores, especialmente si son mujeres. Cuando existe alguna sospecha, se habilita un rincón del "fumoir" de tercera clase para montar un Gabinete de Identificación, donde se confronta si las impresiones digitales del pasaporte responden a las que se obtienen de la pasajera. En resumen, se llevan a cabo un sinfín de investigaciones, verdaderamente estúpidas, que no conducen a nada práctico, mientras que se prescinde en absoluto del pasaje de primera, que es donde figuran los traficantes o "timones" de la mercancía y la mercancía misma.

Estos individuos tienen fama de simpáticos, de hombres de mundo; son los organizadores de los juegos y fiestas con que se intenta matar el tedio de las largas travesías, y se distinguen siempre por las amistades que traban con la oficialidad, y, sobre todo, por las espléndidas propinas que reparten entre los camareros. Bueno es decir también que el traslado de infinitos "paquetes faltos de peso" se efectúa con la complicidad del personal subalterno del buque; no hace mucho tiempo apareció muerta una muchacha

de diecisiete años en el depósito de la cadena del ancla de un transatlántico holandés. Muchas veces se han encontrado polizones que, al ser descubiertos, resultaron ser mujeres introducidas en el barco por un marinero. En una ocasión, el comandante de la nave, hombre severísimo creyó que sería fácil averiguar quién había sido el marinero que la embarcó, y, al efecto, reunió a toda la dotación en la cubierta. Efectivamente, el marinero en cuestión no estaba allí; no formaba parte de los tripulantes. Pero, indudablemente, había uno, por lo menos, conocedor del asunto, que fué el que diariamente la llevaba la comida y el agua, pero sin dejarse ver más que una mano.

El desembarque de estos "paquetes" se efectúa facilísimamente, tan pronto como el buque se ha retirado del muelle cubierto. No hay más que esperar a que llegue la noche para descolgarse por la escala hasta una gasolinera, que después regresa al puerto, como si acabase de hacer un paseo. También es muy frecuente esperar a los días de visita para hacer el desembarco, en cuyo caso los "paquetes" salen mezclados entre las numerosas personas que acuden a curiosear en los navíos.

No obstante, la Policía, muy seria, hace como que investiga en todo el buque, desde la proa a la popa y del puente a la sentina. Esta pesquisa, en un barco de 30.000 toneladas y 250 metros de longitud, suele durar una hora; pero, aunque durase veinticuatro, sería imposible asegurar que se habían registrado todos los rincones, donde con la mayor facilidad se pueden ocultar dos o tres personas. Para justificar que se han verificado estos registros tan "minuciosos", se firma a los agentes un documento que es un sarcasmo; las cosas están así, y no hay quien las mueva, porque si es cierto que la rutina es la esencia de las organizaciones oficiales, la que se observa en la persecución de la trata de blancas es algo que no tiene pareja en ninguna otra actividad de los Estados.

Los procedimientos empleados actualmente son los mismos que se acordaron en las conferencias de Francfort y Berlín a principios de siglo, métodos que sirven divinamente para pasar el rato sin resultados más serios. En cambio, los traficantes no regatean gastos ni sacrificios para lograr sus fines, que, más tarde o más temprano, no dejan de conseguir.

En la Policía, como en todas las organizaciones, no cabe duda que existen elementos indignos de codearse con la sociedad honesta. Sinceramente hablando, debe asegurarse que la Policía española

y la francesa también son verdaderamente incorruptibles, afirmación que no puede hacerse en general con referencia a otros países. No obstante, una gran proporción de mujeres exportadas salen por los puertos franceses y españoles, y españoles y franceses son también los traficantes que operan en los dos grandes puertos mediterráneos de Marsella y Barcelona.

Estos respetables personajes, que se hacen pasar por comerciantes y exportadores o importadores de frutos españoles, conocen perfectamente los escondrijos de los puertos en que operan y guardan las mejores relaciones con cierta parte de la tripulación de los barcos que hacen la carrera de América, e incluso de los fruteros que cargan en Canarias y Casablanca.

La vigilancia de la Policía se hace ineficaz en estas condiciones, y nada tiene de particular que los traficantes se reúnan con los agentes de la autoridad que actúan en los puertos esperando la llegada o la salida de los barcos, mientras se entusiasman con las apasionantes partidas del juego de cartas llamado *belotte* por los franceses.

No es exagerado afirmar que un 80 por 100 de los habituales de los muelles, que pasan por ser personas honestas, tienen alguna relación con el tráfico de mujeres. No hace falta ser muy sagaz para descubrirlos en los muelles de Barcelona, Marsella, Génova, etcétera; pero cuando se observan sus amistades, el agente represor ha de andar con mucho cuidado para no "tirarse una parada", ya que siempre resulta dificilísimo envolverles en pruebas abrumadoras, comprobándose, por el contrario, que sus relaciones con los agentes de Policía son verdaderamente cordiales y su influencia con los oficiales de los barcos lo suficientemente poderosa para que sus negocios se lleven a cabo dentro de la mayor impunidad.

Como verdadero modelo de buena organización en la represión de la trata de blancas internacional, figura la Oficina Central de Policía de Berlín, que funciona perfectamente desde el año 1904. Desde este gran centro policíaco se dirige la actuación de las secciones distribuídas en todas las poblaciones de Alemania en las que existe un copiosísimo álbum de retratos de todas las personas que han tenido que ver con las autoridades por este motivo, así como de aquellas cuya conducta puede reputarse de sospechosa.

Este magnífico organismo ha conseguido desterrar casi en absoluto la recluta de jóvenes alemanas, hasta el extremo de que los traficantes se han visto obligados a abandonar por completo el te-



LOS AMERICANOS LAS PREFIEREN RUBIAS...

Hay barcos que trasladan de Europa a Norteamérica más mujeres que hombres. Un pastor protestante adquiría a bajo precio campesinas de Polonia, que colocaba en sus prostíbulos de Nueva Orleáns.

LAMINA III



JUDÍA ALEMANA

Esta mujer, que trabajó como modelo en una Escuela de Bellas Artes, es conocidísima de la policía de la América del Sur como traficante de mujeres. (Foto Arch. Brigade Mondaine.)

LAMINA IV

rritorio de Hitler. El gran puerto de Hamburgo, de donde diariamente zarpan buques para todas las partes del mundo, está libre del cáncer de estas gentes. Para que una mujer pueda embarcar, sea de la categoría social que fuere, es preciso que esté en posesión de las pruebas más concluyentes de que el viaje que va a realizar obedece a móviles honestos. La investigación policíaca se realiza con la máxima minuciosidad de detalles, hasa el punto de que los retratos de esas personas no se libran de ir a enriquecer otros archivos especiales del organismo represor de la trata de blancas.

Claro está que, a pesar de todas estas precauciones, rigurosamente serias, no dejan de llegar a Nueva York jovencitas alemanas que proceden de Hamburgo o de Bremen. Recientemente, con motivo de la persecución de los judíos por las hordas de Hitler, las jóvenes judías, que disponen de la cantidad necesaria para desembarcar en Nueva York, sin miedo a permanecer una temporada en Ellis Island (1), toman pasaje para Norteamérica, embarcando fácilmente en cualquiera de los puertos citados, y consignadas a cualquier hebreo, que se encarga de colocarlas y explotarlas debidamente.

Hasta el momento de la adopción de esas medidas de la Central de Berlín, los puertos alemanes ofrecían bastantes facilidades a los traficantes, especialmente en virtud de su especial carácter politicoadministrativo de ciudades libres. Posteriormente, los esfuerzos de la organización represora dieron por resultado la casi total supresión del tráfico por esos puertos, pero los tratantes no se arredraron por ello, sino que no tuvieron otra cosa que hacer que buscarse otra salida para sus mercancías.

Dadas las íntimas relaciones que han existido de siempre entre Alemania y Holanda, los puertos de Amsterdam y Rotterdam tuvieron que ser abandonados por los traficantes. Para dar una idea de la importancia que tendría el tráfico, basta decir que las Compañías de navegación notaron un notable descenso en la cifra de pasajes expedidos desde esos puertos, en tanto que aumentaban los embarques en Amberes y Cherburgo.

¿Qué quiere decir esto? Pues simplemente que las dificultades severísimas opuestas en los puertos alemanes y holandeses se tra-

(1) Se denomina así una isla situada a pocas millas del puerto de Nueva York, en la que son detenidas las personas que infunden sospechas a las autoridades, hasta que se comprueba el motivo del viaje y la personalidad.

ducen en facilidades en los puertos belgas y franceses, de donde se deduce que la acción de la Policía no es uniforme ni se efectúa de una manera verdaderamente eficaz.

Puede asegurarse terminantemente y sin miedo al equívoco que no hay un solo barco alemán u holandés—y no hablemos de los franceses e ingleses—que en cada travesía no conduzca a unos cuantos pasajeros ya víctimas o promotores de la trata de blancas. Por lo general, la investigación policíaca termina en el portalón de acceso a la nave, sin que se extienda al interior, que es donde se ocultan los "paquetes", generalmente de acuerdo con algún tripulante de mayor o menor graduación.

Los descubrimientos que se efectúan a bordo son debidos a la activa gestión de los agentes represores, que casi siempre se ven obligados a ocultar su personalidad hasta que llega el momento de significarse, pero sólo cuando existe la absoluta convicción de que hay delito. Por otra parte, la rivalidad de las Compañías se traduce en una verdadera protección paternal hacia el pasajero, y como quiera que la máxima autoridad de a bordo es el comandante del buque, no siempre es fácil al agente represor manifestarse en contra de los intereses de las Compañías, a las que sólo importa cobrar la máxima cantidad de pasajes, prescindiendo en absoluto de las razones morales o legales que puedan existir para denegar un embarque.

Yo he tenido ocasión de observar cómo muchos *cafiszios*, que viajaban en tercera clase como honestos comerciantes, gozaban de las simpatías de la parte de la tripulación que prestaba sus servicios en dicha clase. En una ocasión, la audacia de estas gentes se manifestó con el mayor descaro, a consecuencia de una protesta elevada a las autoridades supremas de a bordo por un grupo de pasajeros de tercera.

El hecho fué el siguiente: Los salones de reunión, como la biblioteca y el *fumoir*, se cerraban a las dos de la madrugada, en cuya hora cada pasajero había de de marchar a su cabina o permanecer en la cubierta si quería tomar el fresco. En efecto, el pasaje honesto, tan pronto como oía el toque de campana, se retiraba a sus literas; pero, tan pronto los salones habían quedado desiertos, los traficantes de blancas—hombres y mujeres—abandonaban la cubierta con mucho sigilo y un camarero les facilitaba la entrada en el salón de fumar, donde se entregaban al juego del "poker" hasta el día siguiente o hasta que lo creyeran oportuno.

Tal diferencia de trato fué advertida por varios jóvenes, a los que sólo se les permitían partidas de cartas sin que se cruzaran intereses, ya que en la tercera clase de estos barcos existen grandes carteles, en los que, en todos los idiomas, se advierte la prohibición absoluta de jugar a las cartas, prohibición que no existe más que en el ánimo de los redactores de las leyes sobre emigración.

En vista de esta descarada diferencia de trato, como no sirvieran de nada las quejas verbales, los pasajeros, descontentos, elevaron la protesta por escrito al comandante, por mediación del médico español, pues, aunque sólo una parte de los protestantes era española y la mayoría franceses, ingleses, rusos y polacos, no encontraron persona de más confianza que el doctor español de Emigración para representarles dignamente.

En efecto, enterarse el comandante y bajar a la clase inferior, todo fué uno. Escuchó las quejas de todos, y también llamó a los traficantes. Y uno de éstos, joven—quizá un "cadet"—, osado y con un aire de chulo que no dejaba lugar a dudas, no tuvo más salida que manifestar que "ellos solos daban a ganar a la Compañía más que todo el resto del pasaje junto, por lo que estimaban ser merecedores de un trato diferente". Este cínico, que tan a las claras había revelado su profesión y la de sus compañeros de timba, llevaba todos los documentos en regla, y se decía jugador de fútbol, perteneciente a un célebre club argentino, que regresaba de Europa, después de haber realizado unas gestiones de carácter deportivo.

Estábamos llegando a Pernambuco y por radio se solicitó la presencia en el muelle de un agente represor alemán, dependiente de Ginebra. En efecto, antes de que fondease el barco, subió a bordo, acompañado de varios agentes de Policía, los cuales reconocieron en los jugadores a cuatro peligrosos elementos de la trata, perfectamente fichados, a los que capitaneaba el supuesto jugador de fútbol. No obstante, no se les impidió el viaje, puesto que su destino era Buenos Aires, si bien se advirtió a las autoridades de a bordo que no podrían desembarcar en niguno de los puertos de ruta.

Todo marchó a las mil maravillas durante los dos días siguientes; pero al tercero, los salones de reunión del buque, en lugar de cerrarse para todos a la hora fijada por los reglamentos, quedaron abiertos indefinidamente, pudiendo cada pasajero jugarse la camisa si lo tenía por conveniente.

En resumen, que como la protesta tuvo lugar por aquella diferencia de trato, la mejor solución consistió en tratar por igual a todo el mundo, aunque ello fuese en contra de los reglamentos de a bordo y de lo dispuesto por las leyes de Emigración, que donde mejor se cumple, sin género de duda, es en los buques españoles.

Con este solo detalle queda bien demostrado el poderío de los traficantes de blancas, que en los buques de ciertas Compañías hacen de su capa un sayo, sin que nadie se lo impida. Tengo las mejores referencias del mayordomo de la tercera clase de un buque de la Mala Real Inglesa, hombre probo, honesto y español, el cual adquirió tal fama entre los traficantes de blancas, que en aquel buque—el "Alcántara", si mal no recuerdo—, y por lo menos en la clase que dependía de su autoridad, el que quisiera desembarcar con facilidad no tenía más remedio que portarse decentemente en la travesía. A este hombre se debe que no se hayan cometido muchos abominables crímenes de esta naturaleza.

Claro es que hombres del temple de este honrado marino no abundan entre las dotaciones de los buques de ciertas Compañías, lo que implica una de las mayores dificultades contra que han de luchar los agentes de la represión de este tráfico infame, ya que no se les conceden muchas facilidades en su activa y peligrosa gestión.

Así, pues, la vigilancia que se ejerce en los puertos de embarque y desembarque no puede resultar nunca verdaderamente eficaz, mientras no esté complementada por las actividades de los agentes en los mismos buques, y esto contando con la colaboración del personal de a bordo. Este sencillísimo procedimiento, tan fácil de adoptar por los organismos represores, apenas si está encomendado en la actualidad a los médicos impuestos por las direcciones de Emigración de los países europeos, de donde salen mayor número de emigrantes hacia América.

Es inútil, por lo tanto, plantear el problema en otros términos, y todo lo que se hable y se haga que se aparte de este sistema elementalísimo jamás podrá traducirse en resultados felices.

La desorientación que existe en este aspecto queda palpablemente demostrada con la transcripción del siguiente fragmento de un informe publicado por la sección especial que entiende en la represión de la trata de blancas en la Sociedad de Naciones:

"Aunque no puede decirse que se disponga de cifras y detalles completos, ha podido obtenerse una información fidedigna de varios países que justifica la creencia de que el tráfico internacional de mujeres alcanza proporciones bastante considerables. Millares de mujeres y muchachas, estas últimas de edades muy jóvenes, son transportadas constantemente de un país a otro, con el objeto de ser dedicadas a la prostitución. Una gran parte de estas mujeres han ejercido ya la prostitución en su país de origen, aunque también se ha comprobado que otra gran mayoría no hubiera llegado a realizar ese género de vida si no hubiesen sido inducidas por otras personas, que las hicieron víctimas de sus engaños, prometiéndolas en esos países ocupaciones a todas luces honestas. En los países donde el número de prostitutas registradas es bastante excesivo, más del 70 por 100 son extranjeras, pudiendo asegurarse otro tanto acerca de las mujeres que ejercen la prostitución de manera clandestina, o sea sin someterse a las disposiciones de Policía. Las informaciones obtenidas por los agentes investigadores de la Sociedad de Naciones de los elementos que se dedican a este tráfico o que conocen bien sus interioridades confirman que existe una afluencia constante de mujeres extranjeras, especialmente en algunas repúblicas de América. Las cifras conocidas son lo bastante importantes para demostrar que se trata de un problema muy grave y de solución difícil, ya que en él concurren circunstancias que no son fáciles de eliminar y que pueden constituir la base de su enunciado. El tráfico internacional significa primordialmente el suministro directo o indirecto y el transporte con fines de lucro a un país extranjero de mujeres y muchachas para la satisfacción sexual de una o más personas; mas, para los fines de este estudio, ha sido imposible aislar por completo el tráfico internacional del aspecto nacional de la prostitución comercializada."

Cuando un organismo como la Sociedad de Naciones se expresa en tales términos, ¿qué podrán decir las simples Jefaturas de Policía, que jamás pueden tener a su alcance los resortes que, en un momento dado—Embajadas, Legaciones, Consulados, etc.—, pueden moverse tan fácilmente?... La respuesta huelga.

Para resumir, puede decirse que el final de la trata de blancas coincidirá con la supresión de la prostitución reglamentada en todo el mundo, en cuyo caso, la mujer que quiera hacer granjería de sus encantos no necesitará de otra protección que los consejos de la moral, por un lado, y la de las leyes de Emigración, por otro; esto es, la conciencia de su particular responsabilidad, adquirida median-

a través del mundo entero, de paso que se encargan de administrar las ganancias de las "minas de sal" a quienes explotan.

En Europa no se sabe nada de esta modalidad de la prostitución, ya que las distancias entre puerto y puerto no justifican la necesidad de estos objetos, tan necesarios en las grandes travesías, para contrarrestar los poderosos efectos que el mar y el ambiente producen en la sexualidad.

La prostitución no es sólo femenina; es masculina también, y muchas veces resulta difícil averiguar a qué sexo irán a brindar sus favores las mujeres y hombres sospechosos que toman pasaje de puerto a puerto, a fin de no perderlo todo si tuvieran necesidad de desembarcar antes del final de la travesía.

Estas gentes pueden reconocerse con facilidad entre los numerosos pasajeros que toman y dejan los barcos en las escalas de las grandes líneas transoceánicas con sólo fijarse en los equipajes, que generalmente consisten en un gran baúl-armario y un maletín, que mostrarán etiquetas de los hoteles de todos los puertos. A estos personajes se les llama *montres d'echantillons* en la lengua políglota de los traficantes.

Por lo general, cuando un traficante conduce a dos o tres mujeres a las que no tiene la seguridad de poder desembarcar, bien porque no vayan bien documentadas o porque pueda fallar alguno de los trucos que emplean, procura enterar de sus propósitos a los oficiales del barco, con quienes traba amistad, y especialmente al mayordomo de la clase en que viaja, diciéndoles que marcha al país que sea con el fin de arreglar un asunto para el que sólo necesita unas horas. Por esta razón, va provisto de pasaje de ida y vuelta, y nada puede hacerle sospechoso.

Las mujeres que conduce son objeto, por parte de él, de una vigilancia discreta para que no puedan trabajar por cuenta propia. Por lo general, el hombre o la mujer que conducen la mercancía la ofrecen también discretamente a los pasajeros que creen capaces de intentar una sabrosa aventura de amor.

El procedimiento no puede ser más simple. Por lo común, las prostitutas suelen frecuentar siempre a su representante, tipo simpático, que se encarga de presentarles a los probables candidatos, si bien esta presentación nunca la efectúan de una manera espontánea, sino cuando el pretendiente lo solicita de su nuevo amigo: "Hombre, usted que tiene tantas simpatías con esas muchachas, ¿tiene inconveniente en presentarme a una de ellas?..."

Con este motivo, ya que no hay que olvidar que no existen amistades más fuertes ni menos duraderas que las que se hacen en los barcos, uno y otro se prestan grandes servicios. El aspirante a los encantos de la futura presentada le habla al introductor en el terreno íntimo, y entonces suele entablarse el siguiente diálogo:

—Es encantadora esa criatura—dice el candidato.

—En efecto; creo que fué amante del ex rey de X; pero ahora la sostiene un aristócrata ruso, que vive en la Costa Azul. Desde luego, puedo asegurarle que pone a sus favores un precio bastante elevado.

—Tal vez esto no sea para mí un inconveniente; ¡pero como estas mujeres son tan caprichosas!...

No cabe duda que en el momento de hacer esta confesión el galanteador se ha entregado de lleno. Entre ambos procuran preparar la presentación, sin perder la línea. Inmediatamente, la codiciada es puesta en antecedentes de lo que ocurre, y, al efecto, organiza su plan de batalla. Si tenía otros amigos, empieza a abandonarlos y hace todo lo posible por dar a entender a su pretendiente que puede conseguirla si se lo propone. Para esta conquista, que en tierra firme necesita de días y de meses, bastan sólo unas horas a bordo de un transatlántico.

Todavía el traficante, velando por los intereses del "gil", le aconseja que no se deje llevar demasiado de la ilusión y que sea prudente en su generosidad:

—Yo creo—le dice—que si le pide a usted más de mil "mangos", se pasa de la raya y no debe darle un centavo más.

Es fácil que la cifra le parezca excesiva; pero, a pesar de ello, termina por entregar la cantidad.

Esto mismo ocurre con los restantes pretendientes, variando la cifra según las condiciones de cada cual, cosa que los traficantes conocen en seguida, en virtud de esas extrañas intimidades a que da lugar la vida de constante contacto en las largas travesías.

Cuando llega la hora de desembarcar, si las autoridades no ven clara la documentación, se contentan con obligar a la Compañía naviera a que reintegre a las mujeres al puerto de origen o a otro donde no puedan ser consideradas como indeseables. En este caso, las cosas ocurren a gusto de los traficantes, que jamás se muestran demasiado contrariados por el fracaso. Como decimos, el supuesto industrial, que ha terminado sus negocios en unas horas, regresa a

Europa en el mismo buque, donde sigue desempeñando sus oficios de tercería.

Llegan a Cherburgo, por ejemplo, y allí vuelven a embarcar en otro transatlántico, que va a Centroamérica; y el negocio sigue. Una muchacha cordobesa, de veinticinco años de edad, que llevaba seis dedicada a este tráfico, ganó en un viaje de Vigo a Buenos Aires cerca de 15.000 pesos, que a la par hacían la bonita suma de 37.500 pesetas. Hoy está casada con un banquero paraguayo y forma parte de una asociación de damas para la represión de la trata de blancas.

Los beneficios obtenidos en este comercio suelen repartirse equitativamente entre las mujeres y sus propietarios. Cuando alguna intenta independizarse, tiene que tener mucho cuidado en que sus papeles y su conciencia estén perfectamente limpios, lo que no ocurre siempre. Por lo general, se las ha provisto de documentación falsa, procurando también que estén complicadas en cualquier asunto grave de trata de blancas, de forma que una sola palabra de los traficantes sea más que suficiente para ponerlas a la sombra durante unos años.

La mujer, que, a pesar de todo esto, vive a pleno placer, ejerciendo el negocio, prefiere ser explotada a caer en las redes de la Justicia. Este temor las obliga a permanecer completamente fieles a sus explotadores por tiempo indefinido o hasta que la salud se resiente un tanto, y ello puede dar lugar a cierta pérdida de facultades, imprescindibles para la práctica más productiva del oficio.

Este sistema de esclavitud no es tan severo como el del burdel, o, por lo menos, no cabe duda que encierra mayores encantos que la reclusión en el quilombo e incluso la vida libre en cualquier ciudad donde no puede escaparse sin grandes dificultades a las inquisiciones de la Policía.

Los mejores auxiliares de la prostitución de a bordo de los barcos son los camareros de los dos sexos, los cuales operan siempre de acuerdo con los "mineros", o sean los traficantes. Claro es que esta complicidad tiene otras ramificaciones hacia los cargos de cierta responsabilidad de a bordo, los cuales "hacen la vista gorda", sin ocuparse demasiado de lo que ocurre en los camarotes especiales, que no han sido registrados como ocupados en la documentación administrativa del transatlántico.

En algunos buques, estos camarotes están decorados con un color diferente; pero, cuando así no ocurre, y no se distinguen de los demás, se les conoce con el nombre de "camarotes rosa". Este servicio completo está instalado en algunos buques por la misma dirección de la Compañía, cuyos elementos saben de sobra que es necesario aportar todo el ingenio posible, a fin de equilibrarse en la competencia de las demás empresas. No obstante, justo es decir que las mujeres que ocupan estos camarotes no están obligadas a hacer copartícipes de sus ganancias a la Compañía. Tampoco son prostitutas todas las que viajan en estas condiciones, puesto que entre ellas hay mujeres honestas, que no tienen otra misión que la de distraer los ocios del comandante del buque y demás alto personal de a bordo.

Estos señores eligen sus amantes entre las viajeras convictas y confesas de prostitución, sobre las que también suelen ejercer el antiguo derecho de pernada, reservado a los poderosos de la Edad Media, de los que, indudablemente, son en la actualidad un trasunto fidelísimo los absolutistas emperadores de estos palacios flotantes, feudos inmensos, en los que tienen lugar las mismas injusticias y los mismos apasionantes sucesos que se observan en tierra, con la diferencia de que la impunidad es casi siempre el velo que todo lo cubre y el mejor estímulo para dar rienda suelta a los instintos, sin más que echar mano de la etiqueta y demás recursos de la hipocresía humana.

Todos los vicios más graves y antisociales tienen en los barcos, y cuanto más grandes y lujosos mejor, sus guaridas y sus escenarios. En un gran transatlántico alemán, construído después de la guerra, se comprobó que había más de treinta muchachas jóvenes de distintas nacionalidades que figuraban en las listas de la dotación como camareras de reemplazo. Lo más extraño es que estas aparentes camareras alternaban con el pasaje de las clases superiores, cosa que parecía muy bien al resto de sus compañeros de tripulación, entre los que gozaban de cierta influyente superioridad.

En algunas Compañías, estas mujeres se enrolan por un número determinado de viajes, al cabo de cuyo plazo quedan en libertad para desembarcar allí donde mejor les parezca, y esto provistas de la documentación necesaria, para que nadie pueda molestarlas. Esta circunstancia la aprovechan también los traficantes, bien sirviéndose de "cadets" o de mujeres, que tienen la misión de conquistarlas y colocarlas al finalizar el contrato. No hace mucho tiempo, se encontró entre la documentación de un "cafizzio" la lista de todo el personal femenino aprovechable de toda una compañía de navegación transoceánica alemana, donde constaban los nom-

bres y características de cada una de ellas, fecha de la terminación del contrato, punto donde habrían de ser desembarcadas, y hasta el carácter probable de la colocación; una estaba solicitada por un influyente político argentino, recién fallecido, y a cuenta de ella ya habían recibido los traficantes una importante suma.

Muchas agencias de colocaciones, que funcionan en todos los países europeos, tienen la especialidad de facilitar esta clase de servidumbre femenina a las Compañías transatlánticas, si bien rara vez se establecen contratos muy duraderos. Aunque dichas mujeres no entren en los barcos con otro carácter, casi siempre se someten a las órdenes de los traficantes, ejerciendo la prostitución durante las travesías entre los pasajeros de las clases superiores.

Si el negocio se presenta bien, los contratos se renuevan, y, en caso contrario, se las busca "colocación", bien en la casa de un señor particular, en un prostíbulo y hasta en un hotel. Por lo general, las que prestan sus servicios en los hoteles suelen estar sinceramente enamoradas del galán que las conquistó, el cual vive a su costa durante el tiempo que necesite permanecer en la ciudad para arreglar otros asuntos de la misma o parecida índole.

En las líneas de navegación de Extremo Oriente, la base de estas operaciones suele ser Port-Said o Alejandría y, más lejos, Singapoore y Yokohama.

Verdaderamente, los organismos represores no prestan gran atención a estas rutas, en las que los pasajes son costosos, pero no tanto que basten para impedir la realización de un tráfico abundante. Contribuye a este desarrollo de la prostitución nómada la menor severidad de las autoridades de a bordo, por una parte, y, por otra, la escasa investigación de la Policía, más ocupada en la represión del tráfico de estupefacientes, y con especialidad el opio.

Por otra parte, la necesidad de mujeres blancas es tanta en esos países, que existe la máxima tolerancia, ya que muchos funcionarios europeos son solteros o están alejados de sus esposas. Hay que tener también en cuenta el enorme contingente militar que reside en las colonias asiáticas y las leyes de protección a los indígenas, lo que no siempre ofrece facilidades para la satisfacción de ciertos apetitos.

Por lo general, los pasajeros de esos buques suelen ser grandes negociantes establecidos en Asia, que, al regresar de Europa, sienten la nostalgia de las mujeres que frecuentaron en París y Londres. En Port-Said, esto es, a la entrada del canal de Suez, tan

pronto como el barco echa las anclas en la bahía, sube a bordo una legión de hombres de todas las profesiones y que ofrecen desde la caja de dátiles hasta la mujer más bella y elegante. El pasajero que acepta esta agradable compañía no tiene más que esperar la visita de tres o cuatro, entre las que puede elegir la que más le convenga, siempre que esté dispuesto a abonarla el pasaje y otra cantidad igual en concepto de gratificación o pago de honorarios.

Estas mujeres tienen preparado todo, pasaportes y equipajes, a la llegada de los barcos; las Compañías reservan también los pasajes correspondientes, sin indicación de cabina o litera a ocupar, puesto que ello compete sólo al pasajero que adquiere la mercancía. Algunas veces, una mujer es adquirida por dos o tres hombres, los cuales se reparten sus encantos de la manera más equitativa posible.

A la llegada de los barcos a Singapoore, que, por lo general, suele constituir la meta de esta prostitución naval, las mujeres son recibidas por los "agentes artísticos", cuya es la honesta denominación que tiene la profesión inconfesable de estos elementos, los cuales las destinan a los cabarets o casas de prostitución, o bien a cualquier colono rico a quien pueda interesarle, ya que todo es cuestión de precio.

Para el regreso de los navíos, ya se preparan mujeres que se instalan en la clase inferior, aunque con facilidades para hacer excursiones por las partes altas del buque. Los camareros se encargan de hacer cumplir las órdenes recibidas en el puerto de los dueños de las "minas", facilitando su industria todo lo posible. En un buque holandés, que llegaba hasta el Japón, prestaba sus servicios como camarero un antiguo apache, muy conocido por la Policía francesa, el cual hizo una verdadera fortuna con las propinas que recibía de los señores que necesitaban de sus influencias para llegar hasta las mujeres. Estas saben que no pueden mover pie ni pata sin que se enteren sus vigilantes, los cuales no ignoran tampoco la cifra que, en realidad, han obtenido en su comercio, en la que llevan un tanto por ciento de comisión, que siempre les es abonada religiosamente.

No todas las veces son los hombres los que necesitan mujeres, sino que hay numerosas damas que demandan una camarera particular que las sirva y las acompañe durante la larga travesía. Las mujeres especialmente destinadas a este servicio suelen ser frágiles muñecas japonesas, maestras en todos los vicios y perversiones. Por lo general, la dama homosexual que solicita dicha servidumbre es

el perfecto tipo de la invertida, de ademanes viriles y enérgicos y amante apasionada de los contrastes, hasta el extremo de que casi siempre se quedan con estas muchachitas, si son hábiles y saben interesar el corazón de su compradora. En Londres es muy frecuente ver a una austera dama de la mejor sociedad acompañada de una señorita de compañía japonesa o china, harta de practicar el amor en todas las formas en los cabarets y prostíbulos de Yokohama, Singapoore o Shangay.

La elección de estas señoritas se efectúa en esos puertos con la máxima facilidad, sin más que acudir a un cabaret o escuchar las proposiciones que, con el mayor descaro, hacen ciertos guias de los dos sexos. En Asia se compra una mujer con la misma facilidad que se adquiere un perro pekinés, sin que las autoridades se ocupen lo más mínimo de tan extraños asuntos, que parecen completamente ajenos a su función. Un funcionario de Policía, portugués, de Macao, cuando le preguntamos acerca de la tolerancia que se tenía con este género de comercio, nos respondió muy convencido que ello no era misión del Gobierno de la colonia, sino de los misioneros católicos; la Policía, con vigilar la carga y descarga de mercancías, tenía más que suficiente para justificar su presencia en Macao.

En los buques norteamericanos que hacen la travesía entre San Francisco de California y los puertos del Japón es donde más económicas resultan las caricias de estas vendedoras de placeres sexuales, pertenecientes a todas las nacionalidades. Los precios de los pasajes son muy reducidos si los comparamos con los que rigen entre Europa y América, y ello porque los transatlánticos japoneses, superiores a los americanos, trabajan a precios verdaderamente inverosímiles, aunque con la enorme desventaja de que la moral japonesa no consiente este comercio bajo sus pabellones.

Los americanos se han aprovechado de estos escrúpulos, y la forma única de que puedan navegar sus barcos transpacíficos sin perder dinero consiste en abrir la mano todo lo posible, dispensando una franca acogida a esos elementos femeninos, de tantísima atracción para los viajeros de sus paquebotes. Muchas mujeres jóvenes y bonitas, fracasadas en los estudios cinematográficos de Hollywood, optan por atravesar el Pacífico unas cuantas veces al año para hacerse con una fortunita.

Los organismos represores de la trata de blancas pueden estar tranquilos, ya que la prostitución es completamente libre, y no hay

una sola mujer que pueda decir que fué engañada. Para embarcar no hay más que proveerse de un carnet de identidad, que hace de pasaporte, y adquirir un pasaje de ida y vuelta a precio reducido; de lo demás se encargan los potentados y comerciantes asiáticos y americanos que viajan en esos buques, y que pueden hacer con su dinero cuanto les venga en gana, incluso emborracharse y cometer toda clase de atrocidades, ya que acaba de suprimirse la ley seca.

El amor, el juego y el vino—rigurosamente prohibidos en los buques japoneses—imperan en los barcos americanos, aunque no por eso dejan de regir unas leyes muy severas, que se aplican sin piedad a los que se desmandan. Uno de los castigos más frecuentes es el de la barra, que consiste en encerrar al pasajero delincuente, sea de la clase que fuere, hasta que se llega a un puerto, donde debe ser entregado a las autoridades. Ahora bien, esas leyes castigan como falta lo que los Códigos de otros pueblos definen como delitos, de donde se deduce que el límite es bastante dilatado para poder divertirse sin temor a las represiones legales.

Para desembarcar en los puertos japoneses hay que justificar que el viaje obedece a motivos que no sean contrarios a las buenas costumbres, y, sobre todo, demostrar que se está en posesión de una cantidad suficiente para pagarse el viaje de retorno, y que ha de ser depositada durante tres meses. Si al cabo de este tiempo la mujer ha encontrado trabajo, puede volver a por la cantidad depositada; pero si no ha tenido esa suerte, en lugar del dinero se la entrega un pasaje especial para embarcar en el primer barco japonés que zarpe con rumbo a los Estados Unidos. Esto puede hacerse en cualquier ocasión que la Policía lo estime oportuno sin que la mujer tenga derecho a que se le expliquen los motivos de su forzoso retorno al país de origen.

La trata de blancas de la parte oriental de Asia tiene su centro en Cantón y está dirigida por un chino, conocidísimo en todos los puertos de su desquiciada patria, llamado Hai Feng-Wúu. Este hombre posee numerosos prostíbulos de mujeres y de invertidos, que brindan toda clase de placeres a los europeos, americanos y asiáticos, que, como una inmensa falange de viciosos, pululan por esos puertos extraños y peligrosos.

Este chino tiene corresponsales en Norteamérica, la Argentina, el Brasil y Méjico, con los cuales cambia su mercancía amarilla por género blanco. Su comercio lo tiene perfectamente organizado, lo mismo que la exportación de opio, en lo que goza de la mayor li-

bertad de movimiento, en virtud de sus buenas relaciones con los influyentes mercaderes ingleses, tan interesados en explotar esta droga, que tantísimos millones de beneficios les reporta.

Casi todos los puertos del mar Amarillo, y muchos del Pacífico y el Indico, son constantemente surcados por las "cestas de flores" de Hai Feng-Wúu, que no son otra cosa que prostíbulos flotantes con individuos de ambos sexos. La abundancia de mujeres chinas, a las que muchas veces se recoge en los muladares donde fueron arrojadas por sus padres, hace que la prostitución alcance proporciones enormes, dando también motivo a que los precios sean de lo más reducido que puede imaginarse. Para darse una idea de lo barato que anda este artículo de primera necesidad en la celeste República, basta decir que un día completo de amor, o sean veinticuatro horas, en uno de estos barcos, no cuesta más que un *tael*, o sea tres pesetas. El billete de pasaje da derecho al viaje, a la mujer, a la comida y a cuantas pipas de opio se puedan resistir. No es conveniente embarcar en estos juncos con más de un tael, porque se corre el riesgo de ser robado y arrojado al mar inmediatamente.

Hace algunos años se cometió el rapto de cuatro mujeres europeas que tuvieron la audacia de alejarse unos metros del barrio de las Legaciones de la inquieta ciudad de Shangay. Inmediatamente las autoridades procedieron a la detención del conocido chino, que, por entonces, se encontraba en la citada ciudad; pero por más esfuerzos que se hicieron no se consiguió que dijera lo que supiese de las muchachas. Transcurrieron dos meses, y cuando ya nadie se acordaba del suceso, un torpedero americano apresó a un junco que infundía sospechas. Registrado el barco, se detuvo a los tripulantes, al propietario, un rico comerciante de Fu-Chow, y fueron halladas las desaparecidas mujeres, que formaban el serrallo flotante del caprichoso amarillo.

Uno de los marineros chinos, que había simpatizado bastante con las jóvenes cautivas, lo tenía todo preparado para ponerlas en libertad la misma noche del día en que fueron detenidos. Gracias a este hombre se vino en conocimiento de que el barco era de la propiedad de Hai Feng, así como otros muchos que navegaban por aquellos mares con el mismo fin. Siguiendo las indicaciones del honrado marinero, se encontraron nueve juncos más, en los que otros tantos magnates pasaban sus vacaciones en los brazos del amor. Lo peor fué que uno de estos navegantes solitarios, tan bien

acompañados, era un hijo de la Gran Bretaña que ocupaba un importante cargo en Cantón, el cual fué despedido en el muelle, cuando dijo que marchaba hacia Fu-Chow con el fin de arreglar un delicado asunto político. Al principio, los americanos no le reconocieron, si bien fué porque el inglés no quiso revelar su personalidad; pero cuando fué coducido a la ciudad se descubrió todo, incluso que el barco y las mujeres le habían sido regalados por el citado Hai Feng, que así quería testimoniar su amistad al singular británico.

Con relación al rapto de las mujeres, se arreglaron las cosas de forma que apareciera que las cuatro muchachas habían aceptado las proposiciones de un agente de Hai Feng, y las cosas no pasaron a mayores, lo que hubiera sido bastante difícil en el sentido de perjudicar al chino, que goza de cierta protección por parte de quienes no harían nada de más enviándole a la horca.

Hasta no hace muchos años, los tratantes de blancas de Sur-américa tenían a las mujeres recluídas en barcos que navegaban constantemente por los ríos de la Plata y Uruguay. En todos los puertos fluviales en que hacían escala embarcaban y desembarcaban muchos hombres, que, mediante unos pesos, podían entregarse a todos los vicios durante varios días. Las cosas marcharon bien, hasta que unos cuantos forajidos dieron en la manía de asaltar los barcos, robando y asesinando, y apoderándose después de las mujeres, a las que conducían a sus campamentos del interior de las selvas.

Las autoridades se vieron obligadas a intervenir en evitación de tales desmanes, apresando a muchos de estos bandidos y a bastantes mujeres, que habían sido recluídas con engaños en aquellos barcos infernales. En la actualidad, todavía existen embarcaciones de esta naturaleza, que pasan por ser teatros flotantes, pero que son prostíbulos en realidad, donde beben, juegan y hacen el amor los ricos que no pueden dirigirse a las ciudades en demanda de estos placeres.

También en la supercivilizada Norteamérica suceden cosas parecidas. Durante la vigencia de la ley seca, las costas y los ríos ocultaban a la activa vigilancia de las autoridades numerosos yates, propiedad de los célebres "gangsters", bien pertrechados de bebidas y mujeres de todas las marcas y nacionalidades. Hoy, ya derogada la ley prohibitiva del uso y el abuso de los alcoholes, los alegres

yanquis no han perdido sus antiguos hábitos y las orgías siguen a bordo de estas lujosas embarcaciones, cuyos propietarios no pueden ser molestados por las autoridades en virtud de que se avienen a pagar religiosamente todos los impuestos.

En el Mediterráneo se ejerce también la alta prostitución a bordo de muchos yates de honesta apariencia que navegan por la Costa Azul, llegando hasta las Baleares y otros puertos españoles y franceses. Tampoco este aspecto parece merecer la atención de los organismos represores de la trata de blancas, ni sé de un solo caso de denuncia de tan opulenta modalidad de la prostitución. No obstante, hace algunos años fué detenido uno de estos yates en las costas de Argelia, creyendo que conducía un importante cargamento de armas y municiones para Marruecos; pero cuando se comprobó que llevaba sólo mujeres destinadas a los prostíbulos del Senegal, se le dejó seguir su camino tranquilamente.

En las colonias francesas de Africa existe también un importante tráfico de carne blanca, que tiene su centro en Dakar y San Luis del Senegal; la exportación se efectúa desde Marsella y Tánger, sin que los traficantes puedan decir que se les molesta demasiado, ya que tienen el buen acierto de dejar que las mujeres hagan en la travesía lo que les parezca. Algunos tripulantes del paquebote "Nicolás Paquet", recientemente hundido en el cabo Espartel, pudieron contar detalles muy curiosos acerca de la trata de blancas en el Africa occidental.

Estos climas africanos no parecen ser muy saludables para las mujeres europeas que se dedican a la prostitución, por lo que tan pronto como pueden regresan a Europa, sin que por ello dejen de practicar a bordo su placentero comercio, que en los barcos franceses y alemanes encuentra un amplio campo de experimentación y de beneficios.

Dakar es un puerto en el que escalan numerosos buques de las líneas de América del Sur, y donde no se opone la menor dificultad para el embarque de mujeres. Por otra parte, las autoridades de la represión tampoco se ocupan de las mujeres que provienen de los puertos africanos, permitiéndolas el desembarco sin complicados requisitos. El Brasil, sobre todo, tiene la mano demasiado abierta, y todo el que arriba a sus costas suele ser bien recibido; esto no lo ignoran los "caftas", que es el nombre que en el país del café reciben los traficantes de carne humana.

Así, pues, resumiendo, puede asegurarse que no hay un barco que haga travesías largas en el que no viajen mujeres dedicadas a la prostitución, bien independientemente, bien dependiendo de los traficantes de blancas y hasta de las mismas Compañías, que no ignoran la importancia de tan sugestiva atracción de viajeros.

NUEVA YORK Y BUENOS AIRES

Las «pensiones de señoritas».—Las precauciones de las autoridades.—Lo que prohibe la ley lo autoriza la trampa.—La cama con dos almohadas.—Los cicerones femeninos.—Agencias de colocaciones.—Exportaciones al interior.—El bello gesto de Laura La Plante.—En Nueva Orleáns.—El café del catalán.—Buenos Aires.—El «compadrito» que se «deja hacer».—El matrimonio francés.—El «canfinflero».—Los señores del «ambiente».—Estupefacientes.

Una al Norte y otra al Sur, ya hemos dicho que son las ciudades hacia donde se encamina casi todo el tráfico de carne de placer, en la seguridad de que ni una sola de las mujeres importadas dejará de encontrar "trabajo". No sucede así con los hombres, a los que nadie solicita, que aún siguen creyendo que estos países representan la esencia de la bíblica Tierra de Promisión.

La trata de blancas ofrece grandes diferencias según que la estudiemos en los Estados Unidos o en la Argentina. En el Norte, hay muchos Estados que no toleran este comercio, y donde la cohabitación fuera del matrimonio es un delito, un atentado contra la sociedad, merecedor de graves sanciones, tales como la indemnización económica, el matrimonio o la cárcel.

No obstante, no vamos a creer por eso que el pueblo americano, el neoyorquino especialmente, sea casto o abstinente; sería ridículo pensar siquiera en la posibilidad de este aspecto, que tanto complace a los legisladores, los cuales pretenden que la dignidad de la mujer subsista en virtud de sus leyes, verdaderamente absurdas.

El tratante de blancas de Nueva York—actualmente hay cerca de 30.000 individuos que viven de este negocio—, no puede valerse del prostíbulo, que está rigurosamente prohibido, y que en la Argentina representa la más saneada fuente de ingresos de sus colegas del Sur. El lupanar, sea el quilombo unipersonal, como en Buenos Aires, o bien la casa en que habitan varias mujeres que

no tienen necesidad de salir de ella para ejercer su comercio, está sustituído por las "pensiones de señoritas", en las que no entra jamás un hombre, como no sean los proveedores de alimentos y demás artículos de consumo.

Estas pensiones están regentadas por señoras de apariencia honesta, y sus huéspedas son artistas, estudiantes, empleadas y verdaderas prostitutas. La que no es una prostituta, puede decirse que es una mujer decente que vive de su trabajo honrado, aunque no por ello vayamos a asegurar que no sean susceptibles de aceptar las sugerencias de la dueña del hostal cuando las necesidades económicas de las muchachas pasan de lo normal.

En realidad, como supondrá el lector, estas pensiones pertenecen a los tratantes de blancas, que en Nueva York forman asociaciones distintas, casi siempre en pugna, en franca competencia, y dispuestas a toda hora a denunciarse unas a otras.

La entrada de las mujeres en los Estados Unidos, y especialmente en el puerto de Nueva York, no está tan severamente controlada como en Buenos Aires y en las demás ciudades del Sur; para desembarcar en Nueva York, lo imprescindible es estar en posesión de 100 dólares, que quedan depositados en la Caja de Emigración. Y como quiera que las leyes son comunes a los dos sexos, apenas si se exige otra cosa, para permanecer en el país, que la presentación de un certificado de trabajo que garantice la estancia del inmigrante durante un tiempo determinado, al cabo del cual es devuelto el depósito que se le exigió al desembarcar, o bien en el puerto de embarque, cuando la Compañía naviera quiere asegurarse de que no correrán a su cargo los gastos de retorno del pasajero, que es a lo que las autoridades obligan a los comandantes de los buques que descuidaron tan elemental precaución.

En estas condiciones, huelga insistir sobre lo facilísimo que resulta la introducción de mujeres en aquel mercado y lo sencillo que es proveer a cada una de un certificado de trabajo, sobre todo si tenemos en cuenta que la moral de una parte de la Policía norteamericana deja bastante que desear.

El mayor contingente de la prostitución en los Estados Unidos lo dan las mujeres de religión judía y no pocas rusas y alemanas. Por lo general, todas ellas saben a lo que van, y en sus pasaportes, en la casilla reservada a los motivos del viaje, casi siempre se lee: "Para realizar estudios". Esta simple declaración se aviene muy bien con la vanidad de los americanos, que siempre tienen abiertas las puertas de su territorio a los intelectuales de Europa.

La diferencia de la actividad de los organismos de represión de la trata de blancas en el Norte y el Sur, tan enconada en la Argentina como descuidada en Yanquilandia, no tiene otra explicación, sino que, por lo general, las que van al Norte lo hacen por su propia voluntad, esto es, en uso de sus derechos de ciudadanas libres; mientras que las que se reclutan para la Argentina casi siempre van engañadas. Este es un hecho que no puede discutirse, y de aquí resulta que el punto de ataque no es más que la ignorancia de las mujeres, esto es, la insinceridad de las relaciones entre ellas y los traficantes.

En los Estados Unidos, el hecho de que un hombre viva a costa de varias mujeres tiene la misma importancia moral que entre nosotros, por ejemplo, el oficio de bailarín o cosa parecida; viene a ser algo así como una profesión digna, siempre que las pensiones destinadas a señoritas estén al corriente en los registros de la contribución industrial del país.

Si un hombre en Norteamérica—no en todos sus Estados—entra en el domicilio de una mujer, aunque no sea con otra finalidad que la honesta de ofrecerla cualquier artículo comercial, si ella quiere, está perdido; nunca la faltarán testigos capaces de afirmar que el infeliz comerciante ha intentado atentar contra su honor. Ahora bien, si acude a la garzonera del hombre, a su cuarto del hotel, o simplemente se deja pasear en el automóvil del galán, las cosas ya no ocurren del mismo modo, puesto que no tiene el menor derecho para entablar una reclamación. En el primer caso, se quiere hacer creer que la muchacha fué engañada o sorprendida; en el segundo, el juez no admite la demanda, argumentando que ya tenía que saber a lo que se exponía siendo mayor de edad.

En estas condiciones, el tratante de blancas dueño de una abundante colección de mujeres no tiene que hacer otra cosa sino ponerse en relaciones con los conserjes de los hoteles, cómplices de la trata, los cuales se encargan de facilitar a los clientes de la honesta mansión el género que solicitan, ya sea femenino o masculino, y de la nacionalidad que se quiera.

Por lo general, los "botones" de estos establecimientos poseen una colección de fotografías de mujeres de todas las nacionalida-

des, que muestran al huésped tan pronto como ha accedido al ofrecimiento de "dos almohadas" que le hace la camarera del cuarto.

—¿Desea el señor dos almohadas o una sola?...

El viajero, poco impuesto en los usos de la casa, puede ser un hombre respetable que desee dormir solo, pero con dos almohadas. En este caso, nada tiene de particular que el "botones" le muestre su colección de postales, o también que, cuando vaya a entrar en el cuarto se encuentre con una joven que le espera leyendo un periódico o fumándose un cigarrillo.

No obstante, es más frecuente que la elección se verifique de antemano. Estas fotografías suelen ser de una pareja de muchachas, constando al dorso las características de nacionalidad, edad, lenguas que hablan e incluso "especialidades que practican". (Lámina I.)

La parte más importante es la que se refiere a los honorarios, en los que existen diversas tarifas, según el tiempo que la mujer haya de estar al servicio del galán. Por lo general, la mujer que visita, por ejemplo, un hotel de primera categoría, suele percibir 25 dólares por noche; pero, siendo el contrato por una semana, el precio diario no pasa de 20 dólares. En los hostales de tercera categoría estas cifras quedan reducidas a la cuarta parte.

El servicio de cicerones femeninos lo desempeñan también las mujeres sometidas a la trata; por lo general, suelen prestar servicios completos, conduciendo al viajero en automóviles de la propiedad de los traficantes, que las muchachas conducen con habilidad suma, y que saben detenerse ante las casas de té, situadas a lo largo de todas las carreteras que afluyen a Nueva York.

En estos establecimientos, propiedad de los "gangsters" y de los tratantes de blancas—que en infinitos casos son los mismos—, hay habitaciones preparadas a estos fines del amor mercenario.

Los salones de baile del Estado de Nueva York pertenecen también a las organizaciones del tráfico de mujeres. En tales establecimientos es donde tienen lugar esas brillantes fiestas de sociedad, a las que concurre lo más selecto de la industria y la banca neoyorquina y hasta lo menos sano de la Policía de la ciudad. Antes de la supresión de la ley seca, es donde se podía rendir culto a Baco con más comodidad; actualmente, se sigue bebiendo con mayor libertad que antes. También se juega a toda clase de prohibidos, se fuma opio y se toma cocaína, con la particularidad de que la clientela rara vez ha de temer a las incursiones de los

inspectores de la Policía puritana, si ha tenido la precaución de hacerse de alguna amistad influyente en los medios del delito, que suelen ser los más propicios a las ambiciones de los candidatos a los puestos políticos.

Puede decirse que la prostitución, el juego, las bebidas alcohólicas y los estupefacientes están en manos de los "gangsters", cuya organización no sólo manifiesta sus actividades en el contrabando de alcoholes—que aún existe—, sino que abarca a todos los aspectos de la delincuencia. Oficialmente, repetimos, la prostitución no existe ni el Estado tiene poderes para mezclarse en estos asuntos, aunque el contagio de las enfermedades venéras se considera como un delito; pero lo que no puede negarse es que los Municipios de muchos Estados perciben rentas muy cuantiosas de las pensiones de mujeres, lo que indudablemente implica un conocimiento perfecto del género de vida a que dichas jóvenes se dedican. Estas contribuciones no se aplican a aquellas pensiones en las que residen mujeres honestas, cuyos medios de vida son bien conocidos de las autoridades.

Hay ciertas empresas o agencias de colocaciones que se encargan de facilitar servidumbre o señoritas de compañía a los caballeros que lo solicitan desde las más apartadas regiones del Oeste. En realidad, estas mujeres suelen ir engañadas, respecto a la verdadera ocupación que han de desempeñar, ya que se contratan como camareras en los cafés de esos poblados casi nómadas, constituídos por ganaderos, mineros, buscadores de oro y aserradores de madera..

Las mujeres tienen la obligación de servir a la clientela y de bailar en los salones con aquellos hombres brutales y de escasa moral que regresan del campo, en plena animalidad, después de una estancia de varios meses. Por lo común, las que aceptan estos contratos están hartas de ejercer la prostitución en los suburbios de Nueva York, Chicago o San Francisco de California, aunque hay otras muchas que van llevadas por su afán de aventuras y de dinero, aspiraciones que, dicho sea en justicia, no dejan de ver cumplidas al cabo de pocos meses.

Los contratos que firman con los propietarios de esos establecimientos no son otra cosa que la venta que de ellas hacen los traficantes. El procedimiento que los compradores emplean para sujetarlas es de lo más rudimentario, ya que no consiste en otra cosa que en adelantarlas una cantidad, algunas veces respetable, a

cuenta de sus futuras ganancias. La mujer que se ha contratado por tres años necesita todo ese tiempo para desentramparse con sus compradores, los cuales pueden hacerlas encarcelar si intentasen evadir sus compromisos.

En los Estados Unidos, los "paquetes faltos de peso" que entran en sus puertos son inmediatamente llevados al interior, donde la Policía no se mueve con la actividad que demuestra en las poblaciones. Por lo general, el centro de importación está en Nueva York, haciéndose la recepción de la mercancía en el mismo muelle, sin que surjan grandes dificulades. Puede darse el caso de que una muchacha, burlando la vigilancia de sus explotadores, ponga el hecho en conocimiento de la Policía, exteriorizando sus sospechas de que se pretende dedicarla a la prostitución. En estos casos, si la joven es trasladada a los hoteles de inmigrantes en espera del barco que haya de repatriarla, la agencia de colocaciones solicita un número de individuos de ambos sexos, y ello con el fin de no despertar demasiadas sospechas, facilitando a la joven el correspondiente certificado de trabajo, que puede concederla la libertad. Inmediatamente, se la obliga a marchar al interior, si es que no se resuelve a habitar en las pensiones de señoritas, donde se procura enseñarlas la verdadera obligación que más conviene a sus explotadores.

Los organismos represores de la trata de blancas—de tan poquísima influencia en Norteamérica—no tienen noticia de los verdaderos horrores de esta forma del tráfico que se efectúa entre Nueva York y las apartadas regiones de Arizona, Kansas, Colorado, etc., en que las mujeres son entregadas a la más cruda bestialidad de los hombres de la peor calaña.

También Hollywood ofrece un amplio venero para esta explotación infame. Como para Sudamérica también se organizan para el Oeste Compañías de teatro y de variedades, que recorren aquellas inhóspitas regiones, cuyos poblados se distancian unos de otros por varios centenares de kilómetros, imposibles de salvar valiéndose sólo de los propios recursos. No hace dos años, unas cuantas muchachas, que fueron engañadas por los traficantes, regresaron a San Francisco de California después de haber permanecido once meses en un poblado de Arizona, forzosamente dedicadas a la prostitución. Estas jóvenes, ocho o diez en total, se cansaron de esperar en la Meca del cinematógrafo, y un día, aceptando las tentadoras proposiciones de un traficante llegado de Nueva

York, marcharon hacia el poblado de referencia contratadas para realizar una película. El individuo en cuestión hizo como que esperaba inútilmente la llegada del resto de la Compañía. Mientras tanto, las muchachas comían y bebían en el *Hotel-Saloon*, esto es, hostal y cabaret, donde se habían instalado, hasta que un día desapareció el individuo que las había contratado, dejándolas sin recursos y sin pagar un mes de hospedaje.

El propietario del establecimiento, que, como se supondrá, estaba de acuerdo con el sujeto en cuestión, las amenazó con encarcelarlas si no pagaban los gastos hechos en el plazo de unas horas. No obstante, las propuso una solución, a base de que aceptasen alternar con la clientela del establecimiento. Naturalmente, al poco tiempo el industrial obtenía los más saneados ingresos de los encantos de las muchachas, a las que explotó durante unos cuantos meses.

Una de ellas consiguió hacer llegar una carta a manos de la célebre artista cinematográfica Laura La Plante, quien inmediatamente se hizo trasladar en avión hacia el punto donde estaban las desdichadas, a las que rescató de las garras de aquel individuo. Este terminó por confesar que había pagado dos mil dólares por cada una de las mujeres a un individuo de Nueva York, cuyas señas personales facilitó a la insigne actriz, pero no así su domicilio, ya que sólo le conocía de haber estado una vez en el pueblo para ofrecerle las mujeres, fingiéndose representante de una agencia de colocaciones. Laura La Plante consiguió descubrir el paradero del traficante, facilitando a la Policía la detención de toda una banda. La célebre artista es en la actualidad uno de los mayores peligros con que tropiezan los traficantes de carne humana que pululan por Hollywood. (Lámina II.)

La mayoría de las casas de prostitución que existen en algunos Estados donde esta industria se practica por el antiguo procedimiento del burdel son propiedad de los traficantes, los cuales no ocultan para nada su personalidad ni su comercio, puesto que pagan puntualmente sus tributos. En dichos Estados no se opone ninguna dificultad al tráfico de mujeres, como, por ejemplo, en el Missisipí, donde se encuentran mujeres de todas las razas que pueblan el planeta.

Un autor, refiriéndose a la prostitución en este Estado, dice lo siguiente: "En Nueva Orleáns, el distrito en que se encuentran las casas de prostitución tiene un nombre bonito: "Barrio de la

Alegría". Imaginaos una aldea en una ciudad a cincuenta metros de la calle principal. Las casas son de un solo piso, dividido en varias habitaciones, cada una de las cuales tiene su puerta a la calle, su ventana y su claraboya.

Estas casas están reservadas a unas señoras que, vestidas con amplias camisas, peinadores rosa y azules, adornadas con cintas y flores artificiales, van a residir en tales edificios y esperan. No viven allí; pero llegan a dichas casas hacia las cuatro de la tarde y se están hasta las doce. Y lo hacen con la misma puntualidad de un empleado que trabaja en su oficina. Hay setecientas. Encima de la puerta de cada una hay un nombre escrito: Mary, Flora, Paulina, "Madame" Andrés, Edda, Lucy Brown, Carmen...

Estas mujeres se entretienen leyendo, cosiendo o jugando con algún perrito. Pero la mayoría sueñan o, asomadas a la ventana, hablan con el primero que pasa, cliente eventual. En cada habitación hay una butaca, un canapé, un lavabo con espejo y un fonógrafo o pianola. Y, en el fondo, una cama enorme adornada con pésimo gusto.

De cuando en cuando, las ventanas se cierran, la luz se enciende... Ha entrado alguien.

Estas casas son para sus propietarios un gran negocio. Cada habitación se alquila a dos dólares por día. Parece ser que varios personajes de la alta sociedad de Nueva Orleáns se han enriquecido y se enriquecen gracias a estas casas. Entre dichos personajes se cita a un pastor protestante.

Entre las mujeres que viven en estas casas hay de todo: jóvenes, viejas, guapas, feas... Y en las calles más extraviadas del barrio se encuentran las mujeres de color, negras y mulatas, que dan a sus habitaciones un aspecto diabólico, al iluminarlas con lámparas encarnadas. Y al vestirse de blanco y colocarse una cinta encarnada, recogiendo su pelo encrespado, tienen el aspecto de unos misteriosos ídolos negroides."

Dicho autor, que, sin duda, desconoce muchos detalles de este gran negocio, se muestra un tanto reservado al referirse a los explotadores de mujeres de Nueva Orleáns. En efecto, hace nueve años fué encarcelado un pastor protestante, apellidado Hopkins, el cual había dedicado a la prostitución a más de trescientas mujeres, que se hacían traer de Europa, especialmente de Polonia, que es donde más abundan los tipos rubios y delicados de carnes blancas, más numerosos entre las campesinas, y que tanto prefieren los americanos. (Lámina III.)

Aunque el pastor fué el que pagó el pato, sería injusto achacarle toda la responsabilidad del tráfico. Realmente, los mayores cómplices estaban en Nueva York y pertenecían a la colonia israelita. Eran personas muy respetables, y algunos, banqueros y comerciantes de gran prestigio. Los agentes investigadores desplegaron la máxima actividad en este asunto; pero lo cierto es que no se pudieron formular acusaciones concretas más que contra el pastor y un pequeño comerciante judío, que vendía cacahuets y almendras por las avenidas neoyorquinas. Este individuo fué sometido a los más crueles castigos por parte de la Policía, muriendo a consecuencia de las enormes palizas que le administraron. Entre sus papeles se encontraron unos documentos falsos de cuatro muchachas, que, en realidad, eran hijas suyas, la mayor de veinte años y la menor de catorce, a las cuales había estado explotando por cuenta propia durante mucho tiempo. Una de ellas, llamada Esther, bellísima criatura de dieciocho años, era entonces la amante de una alta personalidad americana. La menor se divorció el año pasado de su marido, un "gangster", que murió ametrallado por los elementos de una banda enemiga.

El centro de contratación de carne humana más importante está en un café del muelle de Nueva York, inmediato al atracadero de la Compañía Transatlántica Española. Casi todos sus clientes han tenido que ver con la justicia del país; pero se significan por su apartamiento de otras modalidades del delito. Un periodista español, que lleva algunos años residiendo en Nueva York, intentó revelar ciertos secretos sensacionales en un periódico neoyorquino; pero no llegó a publicarse más que un artículo. Se ignora si este silencio sería impuesto por la dirección del periódico o por los mismos traficantes de mujeres, puesto que el periodista en cuestión se dedicó en seguida a un negocio de automóviles.

En el café de referencia, propiedad de un catalán, por más señas, es donde los traficantes de una banda reciben la correspondencia y cuantas noticias se consideran necesarias para la mejor marcha de un negocio que en nada o muy poco preocupa a aquellas autoridades. Otra banda tiene su centro de reuniones en la calle 52, y en el mismo edificio en que está instalada una importante empresa cinematográfica. Hace unos meses, los periódicos dieron cuenta de una verdadera batalla que tuvo lugar en

dicha casa entre los habitantes y los individuos de otra banda a los que aquéllos habían estropeado un importante negocio.

En resumen, Nueva York no es más que un semillero de traficantes y de prostitutas de todas las nacionalidades, gentes que se mueven con la máxima libertad de acción y con las mínimas molestias por parte de la policía más voluble del mundo. Esto ha dado lugar a un enorme descenso en las estadísticas de mujeres importadas, consecuencia natural de la gran abundancia de género, cada vez menos solicitado, aparte de que no debe dejarse de tener en cuenta la competencia que la *flapper* hace a la prostituta inmigrada y a la indígena también. La hipocresía yanqui es algo que no tiene comparación en el mundo entero.

No obstante, lo único bueno que desde el punto de vista social se advierte en este estado de cosas es que la trata de blancas queda relegada a las cifras más insignificantes, si lo comparamos con lo que ocurre en Sudamérica, y, especialmente, en Buenos Aires, donde aún subsiste el sistema del burdel en la forma que hemos visto en el volumen anterior.

Los procedimientos de los tratantes norteamericanos, a excepción de los que operan en las regiones alejadas de los centros de civilización, son bastante más suaves que los de sus colegas argentinos, puesto que conceden a las mujeres una dilatada libertad, impuesta tanto por las leyes como por el convencimiento que tienen los traficantes de que sólo por ese procedimiento es posible obtener beneficios de las mujeres. Ahora bien, este método no deja de tener sus peligros para la sociedad, puesto que dichas prostitutas ejercen actividades tan nocivas como el tráfico de alcoholes y el de estupefacientes, aparte de que es rara la que no mantiene relaciones muy estrechas con un ladrón, un contrabandista o un "gangster". Este aspecto no se observa en Buenos Aires, a no ser entre las mujeres de la peor condición que pululan por las calles de la populosa barriada de la Boca y demás zonas inmediatas al Riachuelo.

En Buenos Aires son infinitos los casos que se registran de secuestros y raptos que no dejan huellas. Cuando los traficantes venden una mujer y su propietario se cansa de ella, vuelve a ponerla en las manos de quienes se la vendieron, a fin de evitarse complicaciones, o bien como un valor a cuenta de lo que ha de entregar por otra nueva. Estas mujeres rara vez se rebelan contra sus explotadores, sobre todo cuando han procurado mantener la

patraña que hicieron creer a sus familiares de que se encontraban honradamente colocadas en el clásico establecimento de modas o cosa parecida.

Ante el temor de que pueda saberse en su pueblo la verdad de su existencia en América, siguen sometidas a los *caffizios*, a quienes jamás delatan. Saben también, por otra parte, que muchas infelices que pusieron a la Policía sobre la pista de sus secuestradores no tardaron muchos días en pagarlo con la vida; en los periódicos bonaerenses pueden leerse a diario las noticias que dan cuenta del misterioso asesinato de una mujer joven, bella y elegante, que no es más que una víctima de sus ansias naturales de libertad.

Muchas mujeres que caen en manos de la Policía prefieren pasar por toda clase de vejámenes y castigos antes que revelar la forma en que fueron traídas al país o el nombre de uno solo de sus conocimientos. Este dominio del terror es una barrera infranqueable para las investigaciones policíacas, puesto que siempre es más fácil que los culpables escapen al castigo que sus denunciadoras a las trémulas venganzas.

El chulo bonaerense, esto es, el "compadrito", es un tipo vago, pinturero, cobarde y ladrón. Estos individuos hacen sus conquistas en las calles de la ciudad, "dejándose hacer" simplemente. Esta frase merece ser explicada, aunque su enunciado lo refleja con bastante exactitud.

Ya sabemos que en Buenos Aires no existe más prostitución tolerada que la que una mujer sola ejerce en un quilombo; toda otra manifestación es perseguida con verdadera saña por la Policía de costumbres, que no se presta a determinadas proposiciones poco honestas para el buen nombre del Cuerpo policíaco, aunque esto no quiera decir que no existen abundantes excepciones.

En Buenos Aires, una prostituta libre que se estime en algo, conocerá a todos los agentes de Policía y al personal todo de la Jefatura de la calle Moreno, que es el terror de la gente del hampa nocturna. Pero, a pesar de todo, como no tienen más remedio que vivir, salen a la calle a la busca de un amante. Si tienen la desgracia de que se presente un Policía, pueden estar seguras de que acaban de perder la libertad para unos meses; ahora bien, si van acompañadas por un hombre, ya no tienen nada que temer.

Por lo general, cuando desean trasladarse de un café a otro, donde pueden hacer la carrera sin que nadie las moleste, esperan

a la puerta del establecimiento el paso de un hombre. Entonces, asiéndose a su brazo, le suplican el sencillo favor de que las acompañe al punto a que quieren dirigirse, haciéndole saber que la Policía las arrestará si las encuentra solas. Esto es tan conocido de los tenorios bonaerenses, que una gran mayoría de individuos dedicados a la trata salen por las noches a "dejarse hacer" o a "hacer catas", lo mismo que el buscador de oro que va a la busca de un yacimiento de tan precioso metal.

Por esto, las prostitutas libres reciben el nombre de "minas". El compadrito empieza por protegerla de los múltiples peligros que encierra la ciudad, procurando captarse la confianza de la desgraciada, ofreciéndola su "apartamento" y hasta una suma en metálico, "sólo por simpatía". Estos individuos operan en pandillas de diez o doce, viviendo separados y en apartamentos distintos. Por lo general, cada uno dispone de apartamentos suplementarios en alguna fonda u hotel de ínfima categoría, donde recluye a sus conquistas durante el tiempo oportuno, o sea hasta que ha conseguido someterlas a su dominio de "hombre crudo". Cuando no pueden llegar a la categoría de chulos, se resignan con hacer el "gil", o sea de simple acompañante, por lo que reciben unos cuantos pesos mensuales, siempre que cumplan exactamente con su obligación, que consiste en estar disponibles a las horas que ellas indiquen. Hay *giles* en Buenos Aires que cobran al mes quince y veinte sueldos, lo que les permite tener automóvil y transportar a sus "amas" con mayor facilidad y menos riesgos. La mayor parte de los jóvenes que alternan en los cabarets y centros de vicios de la ciudad del Plata, haciéndose pasar por títulos y diplomáticos, no son más que compadritos de la última categoría.

Este es, por decirlo así, el método más simple utilizado en Buenos Aires para vivir a costa de las desdichadas que no saben captarse las simpatías de los agentes policíacos; pero desde aquí hasta el "tenebroso", existe una dilatadísima variedad de vividores, caffizios, compadritos, *atorrantes* de todas clases que disfrutan de los pingües beneficios obtenidos del tráfico de mujeres.

El compadrito de más prestigio es aquel que más años cuenta de presidio, preferiblemente por asuntos de la trata. Una vez que ha cumplido la condena, sabe que queda totalmente inhabilitado para volver a su antiguo oficio, puesto que la Policía se encarga de remitir su ficha a todas las Jefaturas del mundo, que ya empiezan a considerarle como indeseable. Sabe que la reincidencia en

estos delitos se paga con veinte años de trabajos forzados, pena que estos hombres no resisten más de un lustro. Por estas poderosas razones, se conforma con explotar unas cuantas "minas", a las que defiende sin otros pronunciamientos que su bizarro cartel de ex presidiario y doctor en el arte de seducir mujeres.

Uno de los sistemas que estos individuos utilizan para asegurarse el producto continuo de la *mina* consiste en complicarla en cualquier asunto de trata de blancas, por lo que se las paga en buena moneda, como, por ejemplo, facilitar el desembarco de un cargamento, guardar un "paquete falto de peso" o dar órdenes para "apagar un viento", o sea disponer el asesinato de cualquiera que haya "soplado" a la Policía un asunto que convenía mantener secreto.

No es difícil conseguir de la "mina" una complicidad tan comprometedora, sobre todo cuando, a más de estar enamorada de su chulo, se la recompensa con largueza y se la pone a cubierto de muchos riesgos, puesto que nunca faltan polizontes necesitados de unos centenares de pesos.

Todas las prostitutas que viven en intimidad con los elementos auxiliares de la trata no dejan de prestar inmejorables servicios a la organización, sobre todo en las operaciones de desembarco de los paquetes "pesados", esto es, las mujeres documentadas y que saben a lo que van a la Argentina. Siempre se fingen hermanas, madres o tías carnales de las emigrantes, a las que conducen a sus domicilios, en los que habitan hasta que son colocadas debidamente.

Cuando alguno de estos chulos o "cadets" quiere retirarse del negocio para trabajar por su cuenta, no tarda en conseguirlo. Lo primero que hace es marchar a Europa y elegir a la mujer que le ofrezca más garantías de salud y belleza. Nada tiene de particular que contraiga matrimonio legal con ella y que nada más llegar a Buenos Aires la instale en un quilombo de su propiedad. No hace muchos años, un francés, que se casó en París con una joven prostituta de la plaza Clichy, estuvo explotándola durante tres años en un quilombo porteño, y al cabo de ese tiempo se retiró con más de dos millones de francos. Actualmente, este "feliz" matrimonio posee uno de los más importantes cafés de la Cannebière, en la cosmopolita Marsella.

Como este caso hay muchísimos entre los centenares de prostíbulos unicelulares que funcionan en la capital de la Argentina y

en los infinitos de toda la República. Esto no parece tener nada de particular, sobre todo si advertimos lo fácil que resulta convertir los cuernos en tangos porteños, algo bien distinto del tango argentino y de la "vidalita" pampera, que son el reflejo fiel del alma honrada y noble del gaucho y de sus costumbres patriarcales y honestas, que no han sido contagiadas por el virus repugnante de la ciudad, amoral y perversa.

Sólo en virtud de esta amoralidad, que parece invadirlo todo, es como pueden concebirse estos horrores y la comisión de crímenes, en los que, por lo general, siempre resultan víctimas infelices mujeres y familias sencillas y honestas, atenazadas por la miseria y la injusticia.

El traficante de blancas lo mismo "trabaja" con su esposa legítima que con sus hermanas e hijas. Los casos de Castiglione, Lafont, Friedland, Benatar y muchos otros, se refieren a individuos que vendieron a sus hijas o las instalaron en prostíbulos, cuyos lechos fueron teatro de los más abominables y monstruosos incestos.

No obstante, también hay excepciones que justifican la regla. Un traficante tuvo la desgracia de perder a su esposa y una hija en un accidente de automóvil cuando ya había logrado reunir una fortuna. Este hombre, dolorido por tan tremenda desgracia y arrepentido de sus culpas, después de legar todos sus bienes a una institución benéfica, se pegó un tiro en el corazón, que, a pesar de todo, no había perdido por entero la sensibilidad.

Pero estos casos no ocurren con mucha frecuencia. Por lo general, el hombre que coge una "mina" entre sus zarpas no deja de explotarla hasta que una enfermedad se la lleva al hospital o al cementerio. Más eficaz que la vigilancia del embarque y el desembarque de las mujeres, con el fin de reprimir el tráfico, sería garantizar la tranquilidad de las desdichadas víctimas de la trata y laborar por su rescate. Si es cierto que hay muchas mujeres que viven felices con esta sumisión, y que acaso pudieran incluírse en los tipos de que nos hablan Lombroso y Carrara, también es verdad que existe otro número abundantísimo de prostitutas que, por tener la desgracia de ser bellas, no encuentran un medio que las permita desasirse de la terrible férula de sus crueles explotadores. Los Estados no cuentan con los elementos adecuados para conseguir que esta redención se afirmase sobre bases eficaces, ni son capaces de garantizar a esas infelices ni su seguridad personal siquiera. En estas condiciones, huelga pensar en la posibilidad de una supresión radical del tráfico, o, por lo menos, de la explotación que sufren infinitas mujeres.

El "canfinflero" es el individuo que se contenta con explotar a una sola "mina"; son los más infelices y los menos peligrosos, puesto que toda su actividad se reduce a La Boca, que es lo más inmundo de Buenos Aires. No obstante, muchas veces tienen que ver con la Policía y los jueces por hacer a sus amantes víctimas de malos tratos. Por lo general, cuando se cansan de la "mina", procuran cambiarla por otra. El canfinflero, a pesar de todo, es un sentimental, ya que no puede ser ladrón ni sirve para ningún trabajo. Suelen ser tímidos, y jamás se arriesgan en asuntos que dejen entrever la posibilidad de la cárcel. Todos los extras económicos de que disfrutan proceden de las apuestas de las carreras de caballos o de la "quiniela", juego perseguido, que consiste en acertar las dos últimas cifras de los premios de la lotería.

También frecuentan los círculos y casinos donde se reúnen hombres de edad, a los que conquistan para sus queridas, las cuales suelen presentárselas como extranjeras, viudas o hijas de familias venidas a menos. Todo canfinflero dispone de un apartamento lujosamente amueblado, por lo general, en las calles de Suipacha, Cangallo o Belgrano, que es donde su "mina" recibe a los clientes de categoría. Por lo general, estas mujeres son muy inferiores a las que habitan en los quilombos, y, además, mucho más peligrosas en lo que a la sanidad se refiere. No obstante, como todo depende de la buena presentación, las hay elegantes, perfumadas y viciosas, elementos más que suficientes para conseguir los mayores triunfos entre los decrépitos clubmans, espléndidos y poco exigentes.

Los grandes señores del "ambiente", que es como se denomina a la trata de blancas, son los propietarios de las "minas" más productivas, divididas en las categorías de *diamante, oro* y *plata; el cobre* o la *chancha* es lo peorcito, o sea lo que explotan los canfinfleros.

Esos personajes tienen demasiada influencia y bastante dinero para permanecer en el anónimo, aunque sus filiaciones figuren en los archivos secretos de las Jefaturas de Policía. Estas fichas sólo se desempolvan en épocas de elecciones, que es cuando tales elementos pueden ser útiles a la sociedad, suponiendo que los candidatos a los altos cargos públicos ostenten tan patrióticos lemas. Claro es

que, en realidad, no existe más que un intercambio de influencias beneficiosas para los intereses de unos y otros.

Son los proveedores de carne de los grandes magnates, y las operaciones tienen lugar, por lo común, en los cafés de la calle Suipacha o en las estaciones del Subterráneo. Estas mujeres de alto bordo son las "gallinas"; algunas veces invaden por entero los salones de fiestas de los grandes círculos, donde tienden las redes con el mejor éxito. La forma de venta que utilizan las "gallinas" no consiste más que en hacer que el comprador pague las supuestas deudas que tiene en una imaginaria casa de "Robes & Manteaux", que pretende estar domiciliada en el aristocrático barrio de Palermo.

La "gallina" es la mujer que ya ha sido "botada" varias veces, pero que siguen sometidas a la férula de los traficantes. La "pera en dulce" es la virgen recién llegada, por lo general, "falta de peso", y el resto no son más que gallinas de huevos de oro.

El gran tratante trafica también con estupefacientes, generalmente cocaína y morfina, que se consume en todos los cabarets y círculos de cierta categoría. Para la introducción de la droga en el mercado al detall se sirven de las "gallinas" y de los camareros de ambos sexos de los establecimientos. Puede asegurarse que no hay una sola camarera de servicio en los lavabos que no encuentre un ingreso respetable vendiendo bombones, cigarrillos o flores, que no son otra cosa que el disfraz en que ocultan las drogas. Este negocio suele producir ganancias verdaderamente fabulosas, y hay muchos traficantes de mujeres que cambiarían la profesión para dedicarse sólo a las "sales de Vichy", si fuera posible introducirlas, valiéndose de otros auxiliares que no fueran "peras", "gallinas" o "minas".

LOS GRANDES NEGOCIOS DEL MARQUES DE LAURENT

Cómo me hice amigo suyo.—Yo, viajante de relojería.—Las estupideces que se fabrican en Ginebra.—El mayordomo.—El matrimonio del maharajah de Kapurtala.—La modelo de Bellas Artes.—Al buen callar...—La detención del falso marqués.—El «género» que exportó a la India y a Suramérica.—Libre a pesar de todo.—Los descubrimientos de la Policía.

El marqués de Laurent no ha existido, al menos, dedicado a la trata de blancas; pero aún reside en Nueva York un individuo llamado Luis Gómez Laurent, hijo de español y francesa, que durante muchos años empleó ese título, que nada tiene que ver con la ascendencia o la descendencia de una ilustre familia española del mismo apellido.

Yo conocí a este hombre en un viaje que hice a la Argentina. Embarcamos juntos en Lisboa, y como dió la casualidad que dos días antes habíamos coincidio en el Consulado de la Argentina, con motivo de la formalización de pasaportes, se creyó autorizado a pedirme el favor de que le prestase mi billete, a fin de no pagar exceso de equipaje. Llevaba cerca de seiscientos kilos y cinco grandes maletas. Me dijo que era el marqués de Laurent, y supuse que aquel hombre llevaba consigo un palacio desmontable.

Nos hicimos amigos. Yo me hacía pasar en aquella ocasión y en aquel barco como viajante de una fábrica de relojes establecida en Ginebra, y, al efecto, llevaba un muestrario de cincuenta cronómetros. El marqués me puso en un grave aprieto cuando inquirió mi opinión acerca de un soberbio reloj suizo que acababa de comprar en París.

—¿Qué cree usted que me ha costado?

Yo, muy serio, examiné la joya, después de que él me hubo abierto las tapas de oro y brillantes.

—Pues le habrá costado..., le habrá costado..., ¿quince mil francos?...

Mi nuevo amigo esbozó una sonrisa, creo que de compasión, y repuso:

—No, señor; tres mil, nada más.

—Pues puede usted asegurar que es regalado en ese precio.

Entre las muestras llevaba yo cuatro duplicados de pulsera para señora. Tres de ellos no tenían de reloj más que las tapas, pero sin maquinaria, aunque el cuarto era un magnífico "Helvetia" de doble áncora, escape, cuerda para seis días, montado sobre rubíes, etc., etc., o sea lo mejor que fabricaba "nuestra" casa de Ginebra. Y cuando hube terminado de hacerle el artículo de lo mejor que fabricábamos en Ginebra, replicó el marqués:

—En Ginebra, a excepción de los relojes, no se fabrican más que estupideces.

—Sí, tiene usted razón—repuse.

Después me habló de Mr. Snowden, de sus secretarios, del desarme y de la trata de blancas. Sin duda alguna, el marqués de Laurent parecía estar bien informado de ciertos asuntos que yo fingí ignorar.

—Nosotros, los comerciantes, no nos ocupamos de esas cuestiones, que nos tienen completamente sin ciudado.

Al día siguiente, recibí en mi camarote la visita del marqués. Quería que le vendiese, "por lo que fuera" aquel relojito que había visto en mi muestrario, para regalárselo a una pasajera, con la que había hecho amistad. Fuí espléndido y le regalé la alhaja, que no valdría en fábrica más de 300 francos; pero, a cambio de ello, me presentó a tres muchachitas, dos polacas y una alemana, que iban a la Argentina con el fin de unirse a una Compañía de opereta que actuaba en La Plata aquella temporada estival.

Huelga decir que acababa de hacer un descubrimiento importante, noticia que no tardé en comunicar a un compañero que viajaba en la tercera clase dedicado a la vigilancia de dos pasajeros por encargo de la Oficina de Berlín.

Por todos los medios procuré estrechar mi amistad con aquellos elementos, lo que me costó dos relojes de señora para las dos muchachas polacas, y otros dos de caballero, uno para un oficial y otro para el mayordomo.

Así pude enterarme de cosas tan interesantes como saber que las dos polacas "sabían" a lo que iban, aunque no así la alemana, que era un "paquete" completamente falto de peso. Indudablemente, el mayordomo, que no desperdiciaba ocasión para mostrar su reloj

goldfield, era un hombre poco prudente, sobre todo cuando pasaban de cinco los fieltros que se le amontonaban delante, correspondientes a otros tantos *chopes* de cerveza negra de Munich. Me dijo que conocía mucho al marqués de Laurent, el cual gozaba de las mejores simpatías entre la oficialidad del "Gelria", veterano paquebote holandés, que se sabía "de memoria" el camino de Amsterdam a Buenos Aires.

Tales simpatías tenían su origen en las fuertes gratificaciones que repartía hábilmente al embarcar y desembarcar en los diferentes puertos de escala. Por lo visto, se dedicaba a comprar y vender antigüedades en los dos continentes; pero el mayordomo tenía la sospecha de que tales antigüedades no eran más legítimas que las mujeres con quienes embarcaba en los puertos de Europa, "que Dios sabe lo que serían".

Todas estas cosas las hablaba el mayordomo con un tono sigiloso, que me daba a entender que quería sacar algo de mí. Hubo momentos en los que llegué a creerme descubierto por aquel hombre, al que supuse un espía de los traficantes de blancas; después me convencí de que no era más que un honrado marino de cualquier isla de Zuiderzée, a quien el marqués de Laurent manejaba a su antojo por unos cuantos florines.

Este viejo marino tenía un hijo que estaba a punto de terminar la carrera de piloto naval; creí oportuno regalarle otro reloj para el futuro navegante, y cuando lo hice, el hombre casi me abrazó de agradecimiento. En Holanda, un reloj suizo se aprecia tanto como en la Argentina un paquete sin el peso debido.

Resulta que había conocido al marqués de Laurent en las Indias Holandesas hacía unos cuantos años, en ocasión un poco delicada para el aristócrata, ya que las autoridades inglesas le iban a la zaga para que dijese cunto supiera acerca de un importante contrabando de opio. El mayordomo y un oficial de un pequeño barco interinsular le ocultaron todo el tiempo que fué preciso para hurtarle de la persecución de los ingleses, que en su detención encontrarían una importante recompensa. Con este motivo, entre los tres hombres se establecieron los lazos de una gran amistad: el oficial citado ocupaba a la sazón un cargo importante en el "Gelria".

No obstante, el aventurero cayó en manos de la Policía de Calcuta; pero, gracias a la intervención de un príncipe indio de Orissa, la cosa no fué más allá de un pequeño arresto.

El viejo marino me refirió todas estas cosas haciendo en mí una confianza que, francamente, no merecía.

—¿Qué motivos tuvo aquel príncipe para intervenir en los asuntos del marqués?—pregunté al mayordomo.

—Nuestro amigo había realizado grandes negocios con el de Orissa, prestándole muy señalados servicios. Ya ve usted; la esposa favorita del príncipe le fué proporcionada por el señor de Laurent.

—¿Proporcionada, dice usted?

Ante mi extrañeza, el holandés debió comprender que tal vez hubiese ido un poco lejos; pero ya había injerido once o doce chopes, aparte de que no dejaba de mirar el estuche del reloj que yo le había regalado para su hijo. Y repuso:

—El marqués ha hecho muy buenos negocios transportando artistas europeas. Si usted es español, tal vez recuerde que una artista española contrajo matrimonio con el maharajah de Kapurtala (1). Entonces se pusieron de moda las mujeres europeas y, sobre todo, sus compatriotas, en los serrallos de estos grandes potentados, circunstancia que aprovechó cuanto pudo el marqués de Laurent para ganar muchos millones de libras esterlinas.

Francamente, aquellas confesiones me interesaron bastante; pero procuré no atribuirlas demasiada importancia, a fin de no inspirar sospechas a mi interlocutor.

Evidentemente, pensé que nos hallábamos en la pista de algún asunto importante.

—Entonces—repuse—este señor se dedicó a la trata de blancas, ¿no es así? Claro es que, después de todo, cada uno vive como puede.

—Ya es viejo en el oficio; creo que no ha olvidado sus antiguas mañas...

—Ahora es cuando creo—insistí—que esas tres muchachas, con las que está paseando, le darán a ganar algunos miles de pesos.

Y entonces fué cuando el mayordomo acabó de sincerarse, diciéndome que, en efecto, las tres habían sido embarcadas clandestinamente en El Havre, aunque provistas de los pasajes correspondientes.

---

(1) Mi informador se refería a una bailarina malagueña, llamada Anita Delgado, bellísima mujer, que no hace muchos años se divorció de su esposo, con el que tuvo varios hijos, uno de ellos heredero del maharajato de Kapurtala.

Pudimos comprobar, además, que una gran parte de la tripulación del buque obtenía muy saneados ingresos de los traficantes de mujeres. Las cosas marcharon bien hasta la llegada del buque a Santos, en que un alto personaje policíaco de la represión, convenientemente preparado, subió a bordo varias horas antes de que atracase el barco a los muelles, lo que en este puerto no puede hacerse hasta que no es de día.

El supuesto marqués, tan pronto como se dió cuenta del giro que tomaba el asunto, se dispuso a desembarcar en el puerto brasileño. Llevaba todos sus documentos en regla, incluso un pasaporte visado por las autoridades consulares del Brasil en El Havre. No se le puso ninguna dificultad para saltar a tierra; pero, en cambio, un agente recibió órdenes concretas para vigilarle y seguirle cuantos pasos diera.

Las muchachas quedaron encomendadas a la protección de algún tripulante de categoría, el cual se encargaría de hacerlas desembarcar en Montevideo, desde donde, en cualquiera de los paquebotes de Mihanowitch, se podrían trasladar a Buenos Aires con toda seguridad. También desembarcaron. Pero no habían salido del recinto del muelle, cuando dos agentes las rogaron muy amablemente que les acompañasen a la Jefatura de Policía.

Las polacas, ni protestaron siquiera; pero la alemanita, que había tragado todo el anzuelo, empezó a vociferar, invocando sus derechos de ciudadana de un país libre, que haría valer ante el cónsul alemán. Dió la coincidencia de que la citada autoridad consular había recibido un cable de la Oficina de Berlín en el que se le comunicaba la salida de un "paquete falto de peso", que había sido reclamado por sus padres, los cuales se dieron cuenta de que el contrato que, como artista de teatro, había firmado la muchacha, coincidía en su redacción con otros que le mostraron en la Jefatura de Policía de Sttutgart, muy diferentes a los legítimos que extendía la Compañía a que se dijo que iba destinada la incauta joven.

Cuando nosotros llegamos a Buenos Aires, se recibió el aviso de que el marqués de Laurent había embarcado en el "Cap Polonio" con otras tres mujeres, que recogió en un teatro de San Paulo, dos españolas y una judía alemana que había ejercido la profesión de modelo en la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad. En realidad, lo que hacía era reclutar mujeres entre Río Janeiro y Santos, siguiendo las instrucciones del marqués. La documentación com-

pleta de esta muchacha obraba en todos los archivos de la represión, y sus antecedentes estaban ilustrados con varias fotografías, algunas tan atrevidas como la que publicamos. (Lámina IV.)

Al llegar a Montevideo, se efectuó la detención de los cuatro; pero nuestra sorpresa no tuvo límites cuando, ocho días más tarde, nos encontramos en el Parque Zoológico de Palermo al marqués y a la bella alemana, a la que nos presentó como sobrina suya. Me preguntó por mi negocio de relojes en Buenos Aires, de paso que aseguraba que había logrado vender algunas de las joyas arqueológicas que transportaba en su pesado equipaje.

Se procuró realizar algunas gestiones, con el fin de averiguar la razón que tuvo la Policía uruguaya para libertar a este pájaro; pero, sinceramente, no obtuvimos el menor resultado. De lo que sí pudimos enterarnos, sin lugar a dudas, fué de que las influencias que este hombre tenía en algunos medios suramericanos le ponían a cubierto de determinadas inquisiciones. Así, pues, no hubo más remedio que esperar a que embarcase de nuevo, con rumbo a Europa, siendo detenido en Lisboa por un agente alemán de la represión con la colaboración de la Policía portuguesa.

En el equipaje se le encontraron documentos comprometedores y claves de gran interés, que permitieron poner al aire bastantes asuntos que hasta entonces habían permanecido ignorados. Se supo que, entre los años de 1911 y 1920, había conducido a la India ciento nueve mujeres, que le habían valido muy cerca de un millón de libras esterlinas, cifra verdaderamente fantástica en este negocio. El "género" transportado a Suramérica fueron ochenta y nueve paquetes reglamentarios y sesenta y dos faltos de peso. También aparecía complicado en tres asesinatos y en siete asuntos de tráfico de estupefacientes, aunque todo ello con nombre supuesto. Su verdadera filiación fué facilitada por la Oficina de Berlín.

Este hombre fué condenado a trabajos forzados en la Guinea portuguesa, pero se acogió a una amnistía con motivo de no sé qué aniversario celebrado por la dictadura de Portugal, y hoy vive en Nueva York dedicado a la fabricación de productos químicos y a la exportación de mujeres al Oeste americano, profesiones que ejerce con la mayor comodidad, puesto que no deja de pagar ni un solo centavo de los impuestos con que está gravada su flamante industria.

La organización que dirigió este hombre, y cuyos elementos dieron con sus huesos en la cárcel tan pronto como desapareció la

figura principal, era de las menos numerosas, si bien de las más selectas. Cuando la Policía empezó a desenrollar la madeja, se encontró con que era poco menos que imposible molestar a determinados individuos, cuya complicidad aparecía suficientemente clara en los documentos que la Policía portuguesa recogió al falso marqués de Laurent. Hasta un juez se vió obligado a solicitar la excedencia, y tres oficiales de un gran transatlántico pasaron a formar parte de la tripulación de los remolcadores de la Compañía, barcos en los que no es posible dedicarse a la trata de blancas, este gran negocio internacional, con el que no podrán acabar los más vigorosos esfuerzos de todos los organismos represores ni los de la Policía entera de todo el mundo...

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LA ORGANIZACION DEL TRAFICO

Causas de la trata de blancas en América.—Los elementos influyentes.—Los centros de exportación.—Quiénes son los traficantes.—La actividad de las mujeres.—El duque de Z y la Baronesa de X.—Exportación en grupo.—El mercader de cadáveres.—Métodos de comunicación.—El espionaje y el contraespionaje.—Una buena redada.—Cómo se vigila a los cargamentos.—Las estudiantes alemanas.—Los negocios de un padre dominico.—La inhabilitación de los traficantes..... 9

COMO OPERAN LOS TRAFICANTES DE CARNE HUMANA

La documentación de las mujeres.—Cómo las sujetan los traficantes.—La promesa del empleo.—De la ilusión a la realidad.—La comedia del «cadet».—El primer paso en falso.—Cómo se efectúa la recluta de muchachas.—El desacreditado truco de las casas de modas.—Elección y selección de las víctimas.—Un pueblo sin mujeres.—Cómo se las educa.—El cine y la trata de blancas.—Anuncios de la prensa.—Los negocios de una dama.—El triunfo de un agente femenino. 25

LA ESTERIL LUCHA DE LA POLICIA

Los innumerables procedimientos de chantage.—La esposa del comisario de Policía y el falso pintor.—La fotografía y el cinematógrafo en los momentos de intimidad.—La estudiante de Criminología.—Las diferencias de organización.—La Policía española.—La vigilancia en los puertos.—Procedimientos desacertados.—La oficina de Berlín.—Los éxitos obtenidos.—Las dificultades del represor y las facilidades del traficante.—La estéril lucha de la S. de N. 41

Páginas

LA PROSTITUCION EN LOS BARCOS

Las «montres d'echantillons».—Los billetes de ida y vuelta.—El celestinismo en los transatlánticos.—Cómo se desarrolla el negocio.—Ganancias fabulosas.—Los camareros.—Los «camarotes rosa».—Las agencias de colocaciones.—Los buques de Extremo Oriente.—La camarera particular o la señorita de compañía.—La tolerancia excesiva en Asia.—Barcos americanos.—Las actividades de Hai Feng.—Prostitución económica.—Los serrallos flotantes.—La exportación al Africa..... 55

NUEVA YORK Y BUENOS AIRES

Las «pensiones de señoritas».—Las precauciones de las autoridades.—Lo que prohibe la ley lo autoriza la trampa.—La cama con dos almohadas.—Los cicerones femeninos.—Agencias de colocaciones.—Exportaciones al interior.—El bello gesto de Laura La Plante.—En Nueva Orleáns.—El café del catalán.—Buenos Aires.—El «compadrito» que se «deja hacer».—El matrimonio francés.—El «canfinflero».—Los señores del «ambiente».—Estupefacientes 69

LOS GRANDES NEGOCIOS DEL MARQUES DE LAURENT

Cómo me hice amigo suyo.—Yo, viajante de relojería.—Las estupideces que se fabrican en Ginebra.—El mayordomo.—El matrimonio del maharajah de Kapurtala.—La modelo de Bellas Artes.—Al buen callar...—La detención del falso marqués.—El «género» que exportó a la India y a Suramérica.—Libre a pesar de todo.—Los descubrimientos de la Policía.. 85

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Muchachas polacas. 33

LAMINA II
Laura La Plante. 34

LAMINA III
Los americanos las prefieren rubias. 48

LAMINA IV
Judía alemana. 49